

El Ruedo

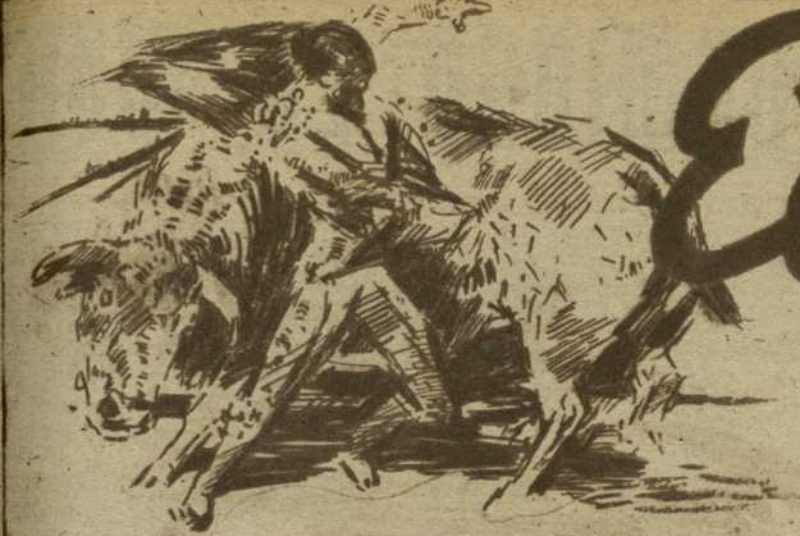


2
Ptas.

LA VEDRA



Rafael Molina, Lagartijo



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA
Año III - Madrid, 6 de junio de 1946 - N.º 102



La sensibilidad, exquisita y fuerte a un tiempo, de Alvaro Domecq, el caballero jerezano que ha saltado a los medios taurinos y ha sorteado gallardamente el riesgo por goce de afición y placer íntimo de hacer el bien, se ha conmovido hondamente con la muerte de su caballo Cartucho, el pura sangre que él había domado y dirigido para echarlo a pelear con reses bravas.

Herida su emoción por la pérdida del animal fino y noble, que componía armónicamente con el jinete el juego y la gracia del rejoneo, Alvaro Domecq ha llevado esa emoción a unas cuartillas que publicamos en las páginas centrales de este número. Quien conozca el encanto, el embrujo del campo andaluz y ese sentido poético del caballo cruzando los olivares, o por entre las mieses o las viñas — sentido poético de majeza, de valor, de ese arriesgar la vida alegre y generosamente por una mujer o por un contrabando—, no caerá en el error de ver hipérbole o desorbitación en el sentimiento por la muerte de un caballo que compartió con su jinete el hondo y penetrante silencio del campo y los aplausos de estrépito de las Plazas de Toros.

He aquí, frente a frente, a don Alvaro Domecq y a Cartucho:

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



MANOLETE que llegó a Madrid en la mañana del domingo, estará ya a estas horas en su «Córdoba callada» gozando de ese descanso de que tanto necesita para reponer sus fuerzas, perdidas en la dura y brillante campaña que ha realizado por tierras de América.

La afición taurina ha vivido durante una semana pendiente de las informaciones y los comentarios que se hicieron, y aun se hacen, en torno a su resuelta manifestación de que no toreará en esta temporada.

No faltan quienes le discuten este derecho, indiscutible para cualquier otro ciudadano, pero es fatal que hasta en una decisión tan íntima, tan de la propia y libre voluntad, Manolete provoque encendidas polémicas. El es para unos la más alta figura del toreo de todos los tiempos, mientras para otros es el único responsable de la decadencia de la fiesta (?). El inventó el toro chico, el afeitado, el «tío del saco» y las localidades caras; pero no se mueven los pensamientos de los aficionados, las decisiones de los empresarios y las plumas taurinas, sin tenerlo presente, sin esclavizarse a su preeminente personalidad, ya sean admiradores o detractores.

A cargo de éstos, e incluso de alguno de sus admiradores, corre la peregrina e insólita afirmación de que el diestro cordobés tiene la inexcusable obligación de torear, precisamente, en esta temporada. Los argumentos que esgrimen para sostener su inestable teoría, son el mucho dinero y la mucha fama que Manolete ha ganado en los toros, «por el favor del público».

¿Por el favor del público o por méritos personales? Si fué por el favor del público, ¿por qué no se inclinó este favor por otro diestro cualquiera? Y si por méritos personales, que sólo a Dios debe, ¿a qué mortal y en virtud de qué ley tiene que ajustar su vida privada a nuestro caprichoso deseo?

Soy el primero, a fuer de aficionado, en lamentar su ausencia de nuestros ruedos, en los que me hubiese gustado verlo, como siempre, triunfar de todos sus enemigos; pero a fuer de español, me doy por bien satisfecho con que al conjuro de su arte se haya aclamado ardorosamente el nombre de España por tierras de América.

Y con su vuelta.



EL DOMINGO EN MADRID



Briones devuelve los trastos a Albalcín



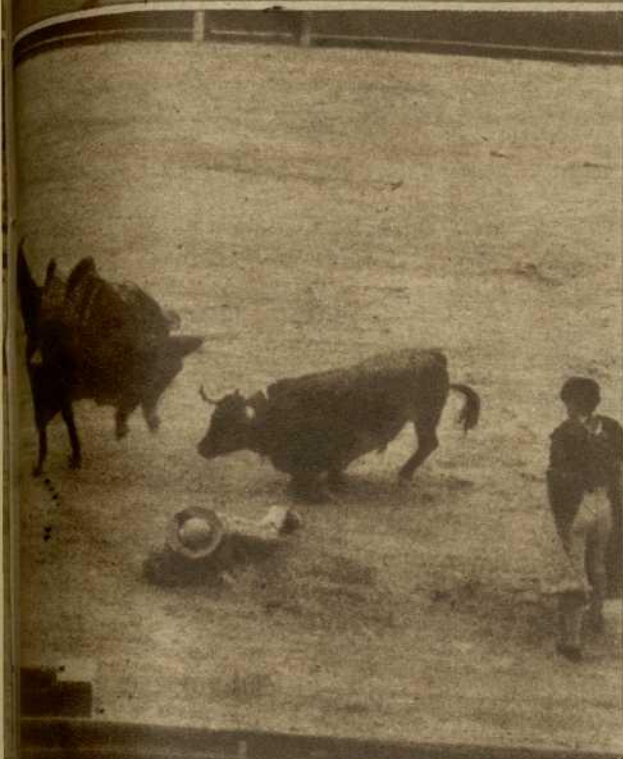
Briones dando la vuelta al ruedo en su primer toro el domingo en Madrid



Briones en la faena de muleta de su primer enemigo.—Abajo: El Choni en un muletazo torzado



Toros de VILLAGODIO para ALBAICIN, BRIONES y el CHONI



Una caída al descubierto durante la lidia del primer toro de la corrida del domingo (Fotos Zarco)

Albaicín en un natural a su primero



Briones y El Choni, antes de salir al ruedo, se abrazan.—Abajo: El Choni rematando un quite



LA SEMANA EN LAS VENTAS

LA UNA Y LA OTRA

EN el espacio del jueves al domingo pasaron cuarenta años de diferencia por la Plaza. El domingo pareció que la historia taurina había remontado su curso actual, el fechado el jueves, hacia tiempos pretéritos. Una corrida antigua se sucedieron y dejaron patentes, con la claridad de una buena explicación ante el encerrado, muchas cosas que parecen borrosas en las cuartillas de muchos días. La diferencia, o sea lo que marcó el tránsito, la trajeron dos distintos lotes de ganado: el de Cobeleda y el de Villagodio. Y tampoco estará de más repetir otra vez que el toro es quien marca el compás en que danzan la fiesta y los toreros.



Hemos tenido, pues, una cara y una cruz. Los aficionados tienen delante una elección, aunque el ideal estuviese en la síntesis. Verán ustedes. Los cobeledas estuvieron en la línea del toro de hoy: de presentación justa, de bravura amortiguada en suavidades, a base de esa fórmula que consigue un toro de mazapán de cada lote de una docena sosa, sin malas intenciones y con los problemas resueltos.

Hay que aclarar que eso de «toros de hoy» no se dice con intención peyorativa. Los cobeledas, sin sombra de la casta de Carriquiri, fueron toros de recibo. Irremediablemente sosos, paliados con la dulzura del de mazapán, que le correspondió a Pepín Martín Vázquez, y que no desaprovechó, sino que le añadió toda la dulzura de su repertorio, lanceando a pies juntos, quitando por gaoneras y muleteando por naturales floreados en alegrías. Todo un gran estilo saleroso y pinturo. El estoque, más flojo, no le privó de la primera oreja —en corrida— de la temporada. Y eso, siguiendo el canon moderno, fué la corrida, porque frente a los cinco toros tontos que restaban Pepín salió del paso. Pepe Luis hizo una gran faena a su primero, para alinear en el otro, y el Calesero lució una vulgaridad abrumadora, de esas que no justifican el pasaje transatlántico. Todo muy del día.

Los de Villagodio resultaron mansos. Toros mansos con cuajo, con poder, con sentido. Del antiguo estilo —frecuente entonces— de toro que se defiende en tablas. Cuando los toreros, en la primera mitad de la corrida, se decidieron a torear un poco en antiguo estilo, con guapeza, peleando, me divertí muchísimo. Los picadores picaban, los matadores quitaban. Magritas metió unos pares de antología ejemplar para los de plata. Rosalito sesgó a base de piernas muy requete-bién. Los toros seguían reculando, adelantando la gaita a ver lo que pescaban, frenando la arrancada y emplazándose o entablándose. Pero al arrastrar el tercer toro había habido dos vueltas al ruedo y una ovación para el otro espada, lo que quiere decir que el Choni había estado pero que muy bien con la capa, pasándose al toro por la faja en su estilo emocionante; que había hecho una gran faena, trabando, peleando en los pitones, sin perder la cara, y había sacado hasta excelentes pases, como un trincherazo por bajo que lo pudo firmar Ortega y guardarse la fotografía para su mejor álbum. Briones nos pareció un torero serio, que se puso en unos terrenos espeluznantes, y resolvió con sobriedad y buen estilo su tarea hiriendo certero, y Albaicín estuvo con la gitanería bien sostenida con valor.

La segunda mitad fué la que pesó sobre los toreros, porque la brega abundantísima que exigieron los villagodios lo fué poniendo en la necesidad de cumplir abreviando. Albaicín —con dos buenos porrazos encima— también se puso en gitano despeinado y sin zapatillas, y lo echó a huidas y mal pinchar. Briones salió del trance con la brevedad posible —otra media estocada—, pero dejando una impresión prometedora. Y el Choni, que se siguió arrimando como los buenos al más peligroso, tuvo una cogida aparatosa y el gesto de acabar la corrida, y Briones, el muy bueno de ayudarle como un peón. A mí me gustó casi todo, y con media hora menos, estimo que unas cuantas corridas por este módulo —no necesariamente mansas— vendrían muy bien.

EL GACHETERO

Un ganadero descontento, y el festejo del domingo visto desde la enfermería

ANTE «la barra» de un bar de buen tono, y entre sorbo y sorbo de un brebaje indefinido, recogíamos del ganadero don Manuel Sánchez Cobaleda la siguiente información, relativa a los toros de su propiedad lidiados en Madrid el día de la Ascensión.

—Si se tiene en cuenta la perseverancia con que tanto mi hermano como yo venimos poniendo al servicio de nuestra vacada —nos dice—, esperaba de mis toros una pelea muy distinta de la que han ofrecido. Está visto que la edad influye grandemente en las condiciones de los astados. Salvo el tercero, que era cuatreño, los demás tenían los cinco años bien cumplidos.

Otro inconveniente que padecimos fué el apresuramiento con que hubimos de enviar la corrida. Esta llegó a Madrid el sábado, bien avanzada la noche. Los toros llevaban tres días enjaulados, sin comer ni beber, y este entumecimiento es lo que hizo parecer cojos a toros que no lo eran. En fin, veremos si nos sacamos la espina en otra corrida que tenemos preparada para ser lidiada en esta misma Plaza.

En la última corrida los médicos de la Plaza asistieron a seis heridos. Al apoderado de los tres espadas la corrida le pareció mansa, sin atenuantes.

LA CORRIDA, VISTA DESDE LA ENFERMERIA

Es casi seguro que para la mayoría de los espectadores de la última corrida pasara inadvertida la febril actividad que hubieron de desplegar los servicios asistenciales de la Plaza. Si el insigne cirujano don Luis Jiménez Guinea tenía en proyecto realizar «un ensayo con todos» de su flamante instalación quirúrgica, en verdad que debió marcharse de la Plaza altamente complacido.

Empezó el desfile de accidentados en el segundo astado, con el picador Patricio, que presentaba contusiones en la espalda por caída de su jamelgo. Al poco, hubo que asistir a un espectador, que sufría intensa epistaxis.

A partir del quinto toro, aumentaron los accidentes, y mal de su

grado, hubieron de desfilar por la mesa de operaciones los siguientes heridos: Albaicín, aquejado de fuerte conmoción cerebral; el monosabio Catalán, con varias contusiones; Félix Esquide, mozo de espadas del mejicano Briones, herido, por imprudencia, de un puyazo en el brazo derecho. Finalmente, cerró

matadores estaban representados por una misma persona. Por otro lado, no era aconsejable importunar a dos de ellos, a la sazón aquejados por las caricias de «los villagodios». De aquí que Cristóbal Becerra fuera en este caso nuestra tabla de salvación.

A este dinámico hombre taurino es innecesario hacerle pregunta alguna. El, con su locuacidad, se basta y se sobra para formularlas y darles la réplica. A nuestro amigo la corrida le había parecido mansa sin atenuantes, fuera de peso y de edad. Acaño con menos de lo uno y de lo otro hubiera resultado una buena corrida de toros. El cuarto y el sexto, por añadidura, adolecieron de evidente peligro. Salvo el quinto, que picó muy bien Zacateca, los toros se fueron sin picar, por lo que luego los espadas no pudieron andar desahogados.

Cree Becerra que sólo con los naturales que dió Albaicín a su primero vivían en otros tiempos temporadas enteras toreros del corte del gitano. En el otro, aparte de su mansedumbre y peligro, Rafael, conmovido por sus dos porrazos, bastante hizo con quitárselo de delante.

El apoderado se sentía muy satisfecho del debut de su poderante mejicano, y espera confiado que el día que le salga un toro a su gusto se hablará de Luis Briones como del torero de más clase que ha enviado Méjico.

El Choni le demostró que continúa en la brecha, con su estilo emocionante de siempre, y que entre los valores nuevos de la torería es uno de los más cuajados.

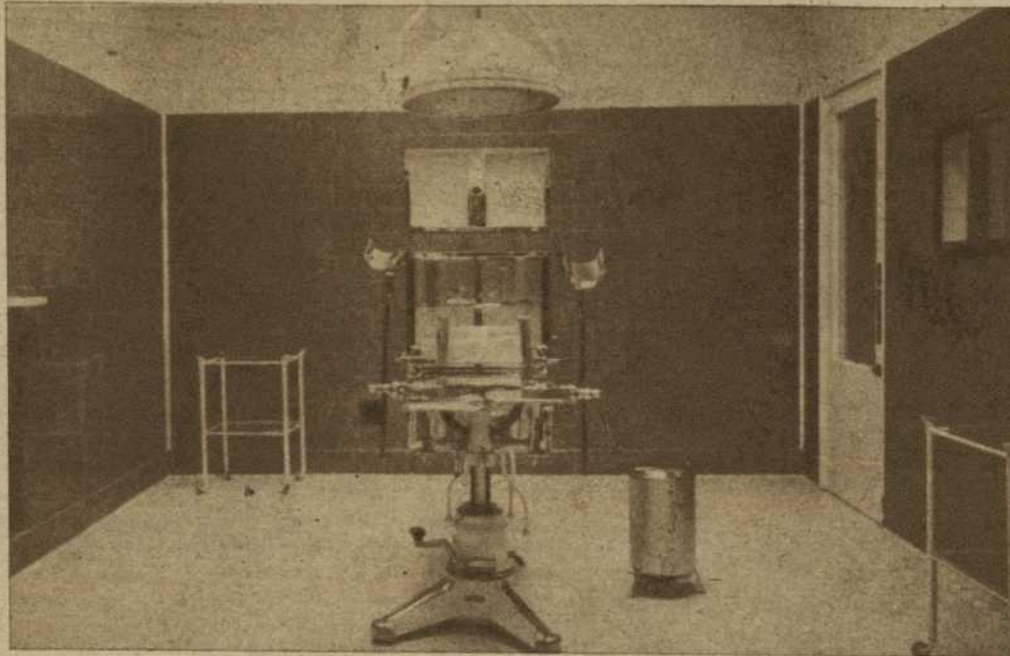
—Para que luego digan —prosiguió Becerra— que no gusta el público de Madrid de ver lidiar toros. Cuando esto se hace con la sabiduría y el valor que hoy puso el valenciano, los públicos paladean la lidia tanto o más que una faena preciosa, a favor de la calidad del toro.

Ni los ganaderos ayudan a mis toreros ni el tiem-

po a la Empresa; pero estoy seguro que unos y otra han de cambiar en plazo inminente.

Y bajo la impresión prometedora de estas palabras, nos despedimos del apoderado de Albaicín, Choni y Briones.

F. MENDO



Aspecto de la sala de operaciones de la enfermería de la Plaza de Toros de las Ventas, después de realizadas las obras

el cortejo El Choni, que presentaba herida con desgarros en la región peniana.

Los doctores Guinea, Castillo y García de la Torre, auxiliados por sus ayudantes, trabajaron de firme durante más de una



Sala de hospitalización de la enfermería de la Plaza de Madrid (Fotos Baldomero)

hora hasta ver desalojados sus dominios. Por fortuna, todos los asistidos —incluido El Choni, que era el más seriamente tocado—, no ofrecían pronósticos pesimistas, y pudieron marchar a sus domicilios.

EL APODERADO

Esta vez nuestra labor quedó facilitada al resultar que los tres

A VISTA de TENDIDO

EL público puede aplaudir a un toro en la salida de toriles porque tenga buena lámina y esté bien cebado. Pero no hay que fiarse de las apariencias. Como en ciertas propagandas, las reses bravas de verdad llevan imaginariamente un cartelito colgado de los cuernos. Y en el cartelito se lee: «Desconfiad de las imitaciones...» Una corrida puede ser lenta, fatigosa, a causa de la mansedumbre del ganado y del tiempo que se pierde para poner a los bichos en suerte, y, sin embargo, dejarnos un buen sabor en el recuerdo y dar a nuestra afición un margen ilusionado de esperanza. Porque lo peor sucede cuando salimos de los toros decepcionados, aburridos y pensando: «Esto va mal, esto se acaba, esto no tiene nada que ver con lo de antes...» Ese «antes», ese «ayer» por el que suspira tanto la cátedra taurina, es lo más discutible del mundo. Nosotros creemos en el «hoy» de los toros, y todavía más: estamos convencidos de que la estilización del arte no le ha restado ni un ápice de su emoción y de su belleza. Lo que sucede es otra cosa.

Hay pasteles rellenos de crema y dulces huecos. Lo que busca el aficionado es justamente ése: la crema y no el vacío, bajo la envoltura más o menos azucarada. Tomemos ejemplo de la corrida del pasado domingo en Madrid. ¿Hay quien niegue la personalidad del Albaicín, en su grandeza y en su servidumbre, en sus virtudes y hasta en sus defectos? No es sólo el azúcar de su traje de plata cortado con arreglo a los figurines que él mismo se diseña; ni son sus manos débiles y cuidadas, manos de pianista, que toman el capote como si acariciarán un teclado, ni su rostro de color de tierra, que toma raras tonalidades, en contraste con lo amarillo de la arena, ni su perfil de efigie de antigua medalla, ni su sonrisa triste y desgana, unida de extraño fatalismo, ni ese aire trágico y aborrazado que le encrespa a veces el ondulado pelo, como en la tarde pasada, cuando, volteado y conmocionado, descalzo, era la más viva y dramática estampa de lo taurino, el peligro y la muerte que rondan junto al valor y el miedo, la ovación junto a la protesta, las palmas y los pitos... No todo eso puede ser lo que algunas gentes llaman despectivamente «literatura», que, después de todo, no es nada menos que una de las bellas artes. El Albaicín posee además un estilo de toque leve y de mano baja, de emoción melódica con el capote y la muleta. Debajo del azúcar y de la pasta, más o menos flora, hay crema, tuétano de torería, cogollo y meollo. Y asociado a la manera del Albaicín, un son de cante —la prueba suprema de la existencia de un lidiador.

El Choni es también dramático. Su cuerpo tiene curvas de ojo de puente, bajo el que pasa el río negro del toro. El agua con cuernos lame los pilares de su planta. Siempre parece que se le va a descoyuntar una cadera de ceñirse, de apretarse tanto. De pie o de rodillas, sereno o encorajinado, intacto o con la taleguilla rota, en el alarde de las verónicas o en el quite con adorno y desplante, al enmendarse, cuando no tiene más remedio, después de haberlo aguantado todo, o cuando, quieto y erguido, los pies inmóviles, cita a la fiera y se hace el silencio en el coso, en espera de «lo que va a pasar». O cuando se perfila para tirarse a matar, dando a la suerte toda la verdad de su justo sobrenombre. También hay crema y melodía para el sabor y el gusto, para caricia del sentido, onda de música en los vuelos de su capote y en los pliegues de su muleta.

Y lo mismo cabe decir del mejicano Briones, que se gana la simpatía con pisar la Plaza: por cómo habla y sonríe, por cómo lo cuenta y lo explica todo, por ese mirar entornado de sus ojillos de hendidura de hucha y su cara de muchacho travieso. Pero, además, por su hombría torera, por su sentido y conocimiento, que se juntan al valor y al garbo en el pulso de un lance, el moroso recreo de un pase de pecho, de los antiguos, o en la exposición y soltura de un natural «de veras».

Y junto a estos matadores, un viejo peón, un Magritas, pongamos por caso, que sabe siempre dónde está su sitio, que enseña a los más jóvenes cómo se miden los terrenos para la preparación y la ejecución rápida y exacta de la suerte de banderillas, y que cuando se quita la montera para corresponder a las ovaciones de los espectadores, parece increíble que tenga el cabello

tan cano y la sombra de la calva delatándole la edad, cuando está todavía tan fuerte y tan ágil, tan dispuesto y decidido como el mozo más mozo. «¡Eso es solera, como la del vino bueno y viejo!», le decían desde el tendido.

Se puede pensar en todas estas cosas, a pesar de la mansedumbre y de la dificultad y de la pesadez de los toros.

Hay ilusión y hay esperanzas, porque hay toreros buenos.

A uno le conviene la gracia de la «soleá», a

otro la cadencia gitana del martinete y al otro el de uno de esos cantes que se hicieron criollos al pasar el mar, y que después vuelven realzados en su valor originario, como si se hubieran enriquecido y revitaminizado al contacto de los soles ardientes y de las vírgenes tierras nuevas, porque el injerto bueno aumenta y robustece el fruto y recarga de aromas la flor.

Al final de la corrida del pasado domingo, unos pájaros jóvenes, de esos que en la primavera aprenden a volar, trazaban sus círculos con alas trémulas en el aire de la Plaza y después se posaban sobre la arena, confiados y tranquilos.

Eran todo un símbolo.

Y hubieran podido picotear en la crema de los pasteles.

ALFREDO MARQUERIE

EL LAPIZ EN LOS TOROS

De la corrida del domingo en Madrid. — Por ANTONIO CASERO



1. Un gran quite de Pavadas, en caída al descubierta.—2. Magritas, al colocar un par de banderillas.—3. Choni, durante la faena ejecutada en su primer toro.—4. Briones, metido en el terreno de su primer toro.—5. Un natural de Albaicín en el tercer toro



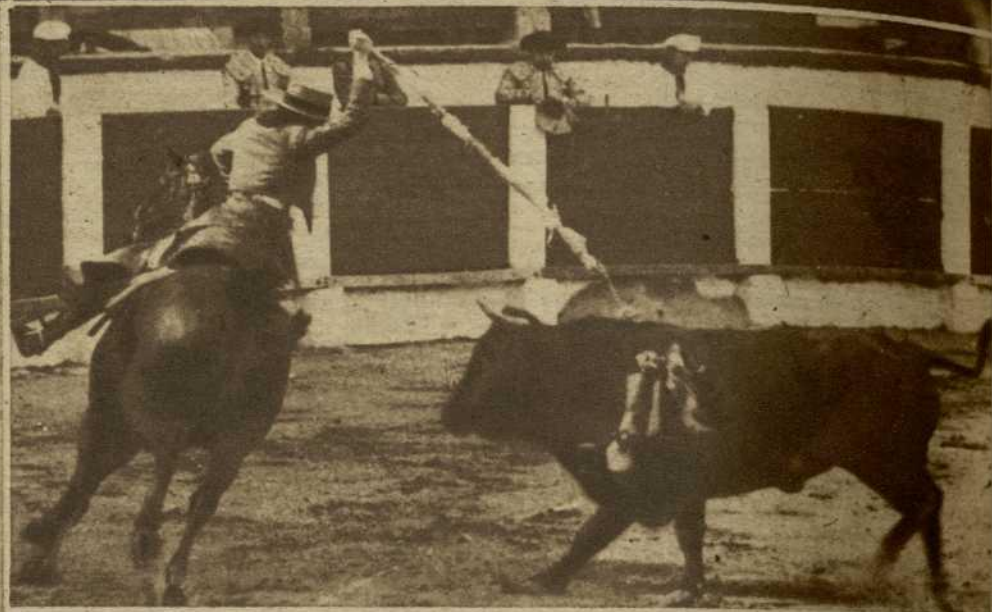
Luis Miguel Dominguín, después de cortar las dos orejas y el rabo a su segundo toro, da la vuelta al ruedo entre grandes aclamaciones



Pepe Luis Vázquez, que, al igual que Dominguín, realizó una gran faena, inicia la vuelta al ruedo en Cáceres, después de cortar una oreja



Dominguín toreando por manoletinas en la faena a su segundo toro, en la corrida de la feria de Cáceres



Conchita Cintrón rejoneando, el pasado viernes, a su novillo, en Cáceres, al que cortó una oreja

Segunda de feria en CACERES

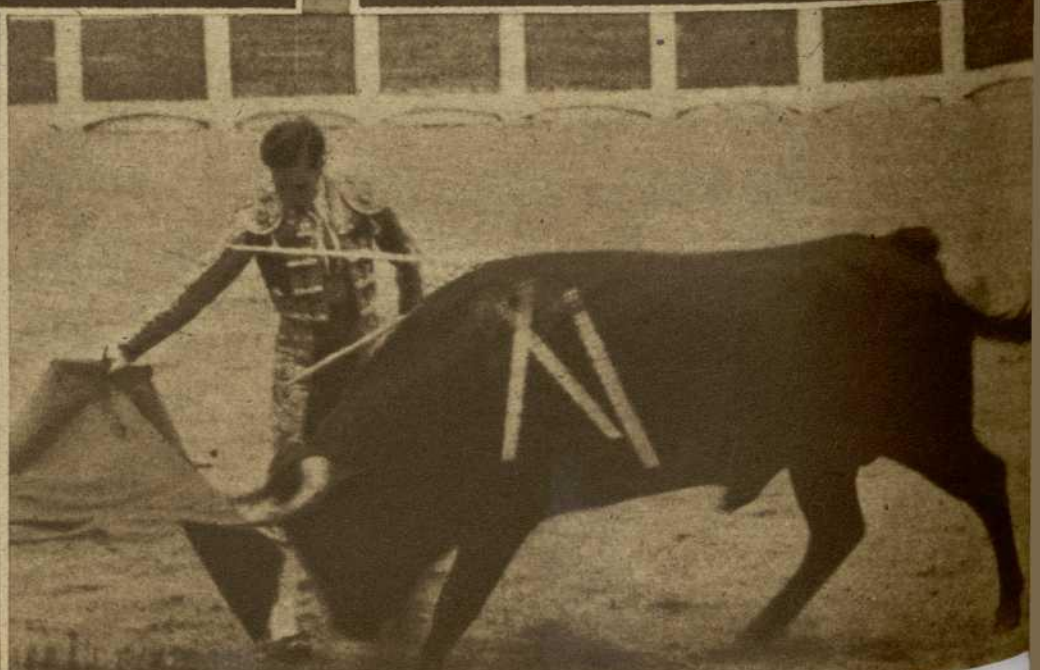
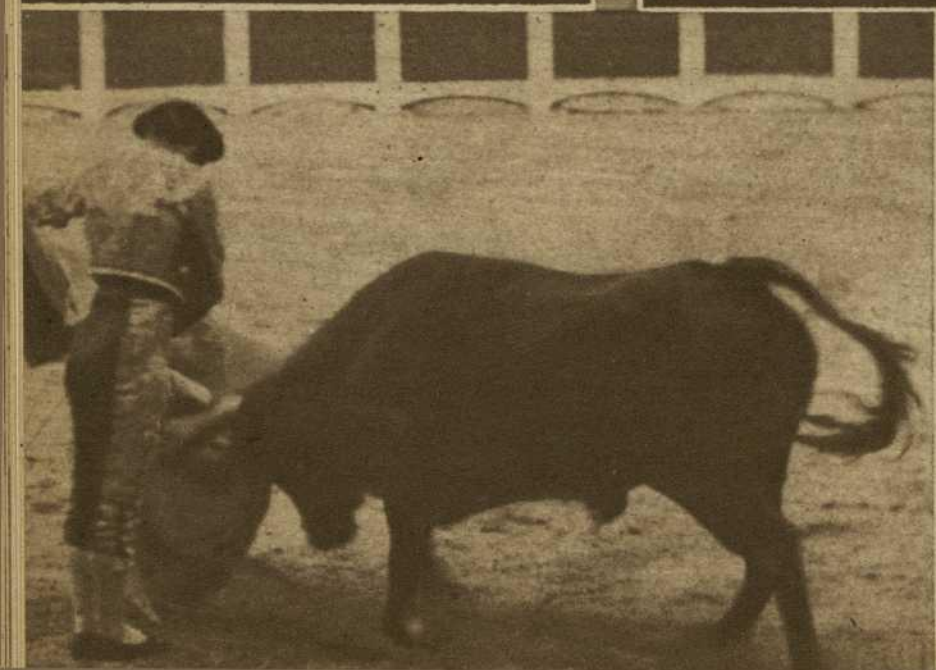


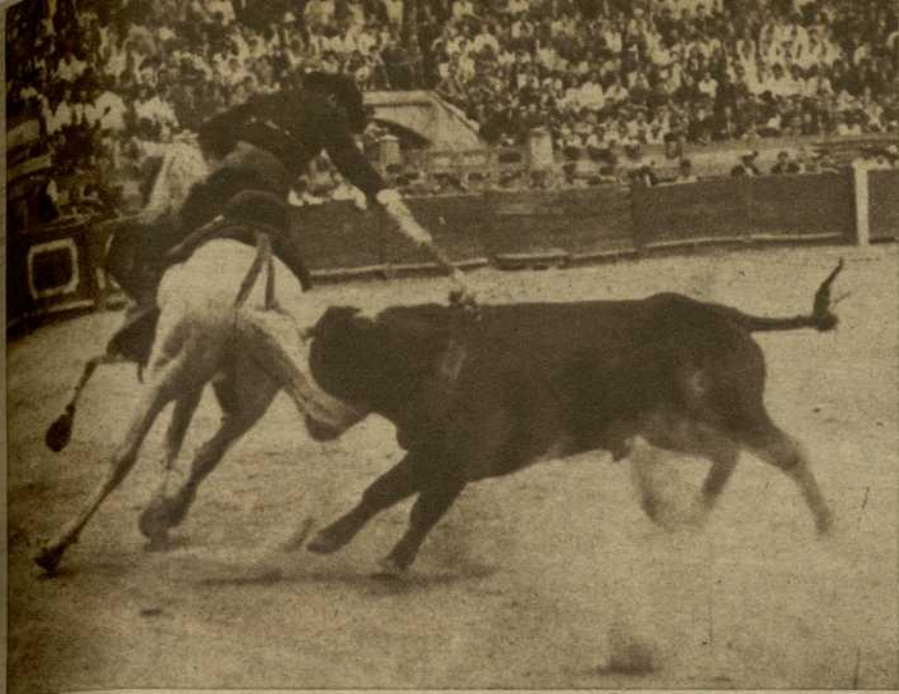
La rejoneadora peruana, después de su éxito, saluda a la afición, que la aclama por su faena

Conchita Cintrón, Pepe Luis Vázquez, Luis Miguel Domin- guín y Pepín Martín Vázquez

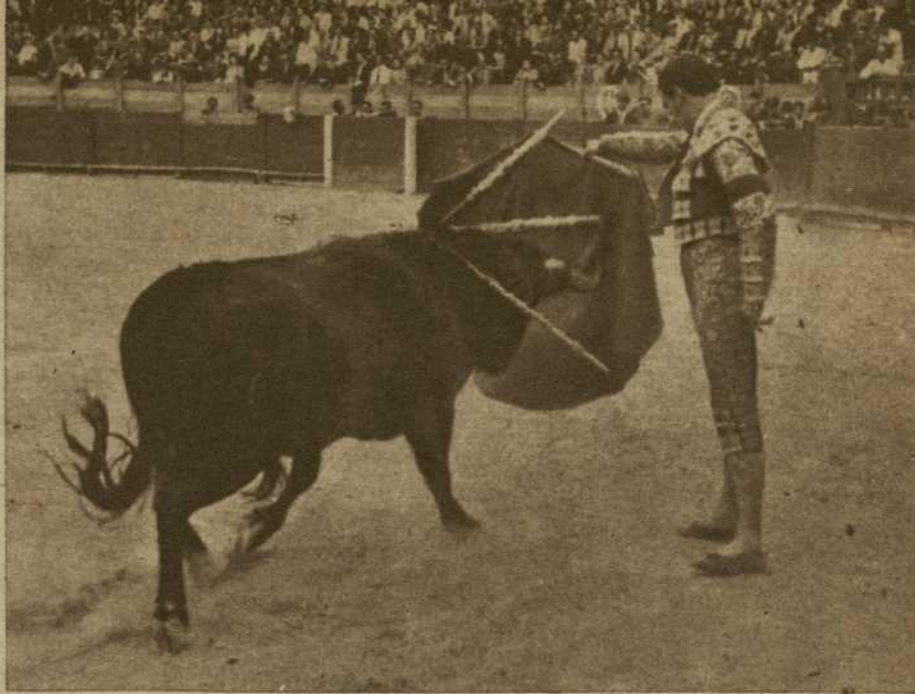
Un lance de Pepín Martín Vázquez al primer toro que lidió en la segunda corrida de Cáceres

El diestro de San Bernardo recogiendo al segundo toro para iniciar la faena (Fots. Javier)





El rejoneador Pepe Anastasio coloca un buen par de banderillas al novillo que despachó en Murcia



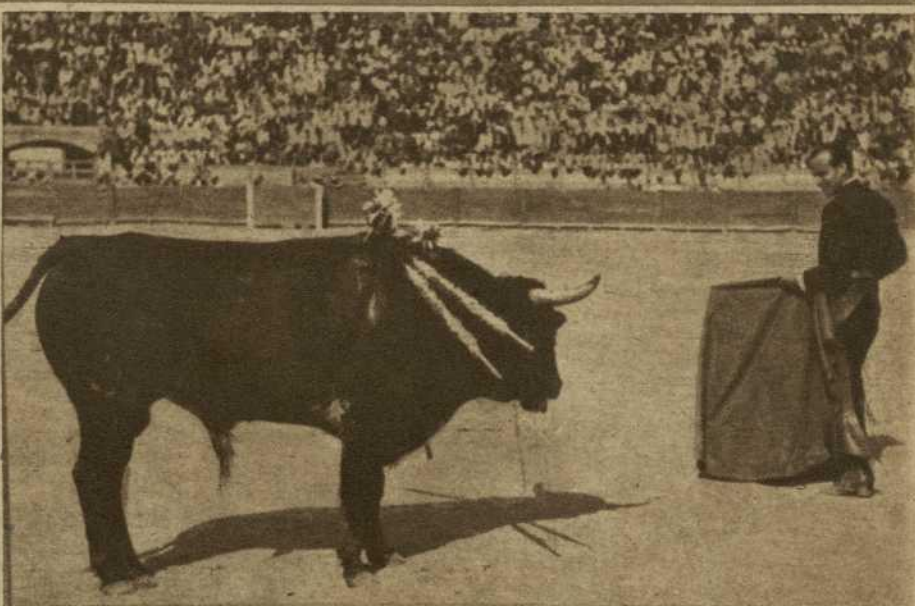
Julián Marín inicia su faena en el primero, que brindó al público, con un pase por alto

CARTEL DE MURCIA

ALVARO DOMEQ, PEPE ANASTASIO, PEDRO BARRERA, JULIAN MARIN y NIÑO DEL BARRIO



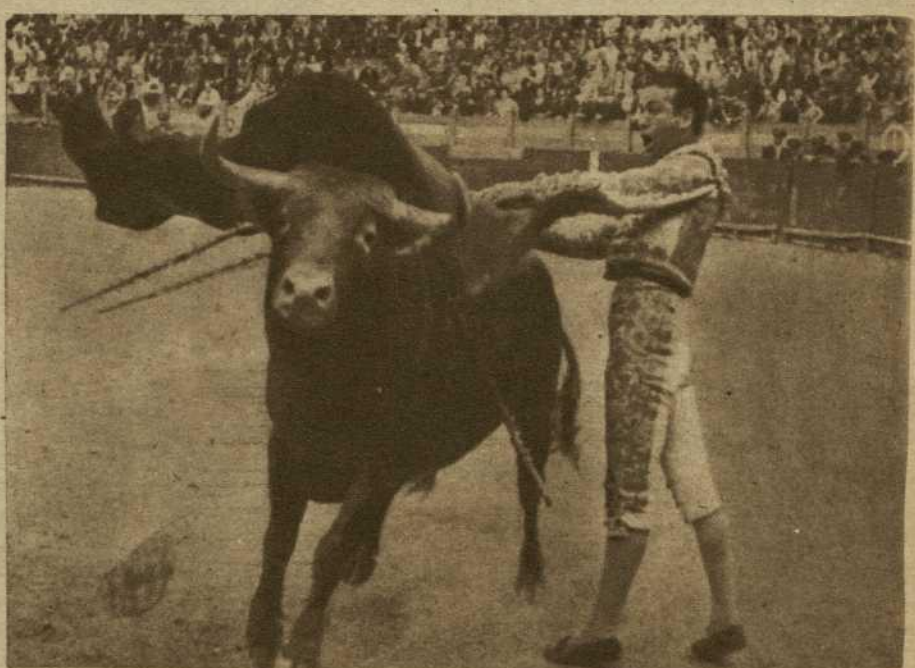
Niño del Barrio recibe a su primero con una larga afarolada



Alvaro Domecq igualando al toro para entrar a matar

Alvaro Domecq y Pepe Anastasio reciben aplausos por sus faenas

Pedro Barrera en un muletazo por alto al primero de la tarde (Fots. López)





MANOLETE LLEGO EL DOMINGO A MADRID Y EL MARTES SALIO PARA CORDOBA

SIN TEMOR ALGUNO PUEDEN ANUNCIAR QUE ESTE AÑO NO TOREO EN ESPAÑA

Hasta finales de agosto no realizaré ningún ejercicio, no torearé ni en festivales ni en tientas ni de salón - declara Manolete para EL RUEDO

las reacciones son dispares. En Méjico gusta el artista. En Lima triunfa el lidiador, porque el tamaño del toro obliga a no lucirse tanto.

—Sin embargo, ¿vuelve satisfecho de su labor?

—Pues realmente, sí. Satisfechísimo artísticamente, porque el ambiente que se me había creído no era propicio para salir airoso. Pero regreso encantado. Por todo: triunfos, recibimientos entusiastas

en todas las Plazas... Me esperan con la mayor expectación; pero no obstante me será más fácil triunfar en la segunda temporada, ya vistas mis actuaciones.

—¿Y qué impresión ha sacado de los diestros mejicanos en su ambiente?

De todos habla bien. Sus palabras no son dirigidas para nadie ni contra nadie. Es compañero y oculta defectos que pudiera encontrar en algunos.

—Silverio —contestó a la pregunta que le formulamos— es el torero más popular. Con él he toreado mucho y logró triunfar en muchas corridas. Es el diestro de más personalidad, porque da al toreo un arte que allí tiene enorme aceptación. Y Armillita, la gran figura azteca, es el maestro. Quizá con un toreo más largo que Silverio.

Manolete hace algunas aclaraciones sobre el toro. Lo encontró con menos temperamento, a excepción del de La Punta, de características netamente españolas. Luego hay dos o tres que son más manejables, pero sin mostrar características tan buenas como el de la popular ganadería mejicana.

Buscamos, con la pregunta que más llevamos pensada, la reacción del torero. Es conocer con toda amplitud su voluntad en cuanto a su actuación en España.

—Puede asegurar que no toreo. Ni corridas benéficas, ni festivales... ni de salón ante una silla. Y esto podrá comprobarlo si al marchar para Méjico viene a despedirme. Entonces tendrá ocasión de decirme que no le engañaba. Todo ha sido pensado de antemano. Y maduré la idea en los cuatro días de vuelo de regreso a España.

—¿Y a qué obedece este deseo de no torear?

—En primer lugar, al cansancio. Esto es lo principal, porque de ahora en adelante voy a pensar egoísta y para mí. Humanamente debo vigilar mi estado físico. Y como estoy quebrantadísimo, ahora voy a reposar. A cuidar de mis nervios, que se destrozan con tanta lucha. Murcharé a descansar ocho días a Córdoba, junto a mis familiares, y seguidamente a una finca, donde permaneceré treinta o cuarenta días. Sin ver un toro ni vestirme el traje corto para tentaderos ni fiestas taurinas. Todo será guardado de aquí a finales de agosto, que será cuando comience a realizar algún ejercicio físico y a entrenarme.

La competencia, los viajes, los desplazamientos en avión y las exigencias del aficionado hicieron mella en Manolete. Lo encontramos más delgado que cuando marchó, aunque la pérdida no haya sido más que de dos o tres kilos.

—No podía ser mucho más —nos decía sonriendo—. Porque nunca pude alardear de peso

Hay en la campaña de Manolete recuerdos imborrables. La presentación en El Toreo, la inauguración de la Plaza Monumental y la faena al toro de Coaxajamalca.

—¿Estas fueron sus tardes de más emoción?

—Posiblemente sea la de la despedida. Resultó para mí muy emocionante, porque yo soy español; allí representaba a mi Patria, y las ovaciones, clamorosas, como creo que jamás las había visto, eran para España. Le corté las dos orejas al primer toro y vino a motivar una cariñosa reacción de la afición mejicana.

—Dicen que ha ganado usted mucho dinero y que ha comprado fincas...

—Sobre el dinero es preferible callar. Y que yo sepa, no he ganado en Méjico, de mi propiedad, más que algunos trajes de torear. Ya sabe que siempre se dicen muchas fantasías sobre una figura popular. Yo no soy egoísta ni siento vanidad. Unicamente creo que siento orgullo al ver salir el toro a la Plaza.

Camará habla de un telegrama recibido a mediodía del lunes



Manolete toma asiento en el coche que le llevó a Córdoba el martes por la mañana (Fotos Zarco)



Está Manolete en el coche que le llevará a su patria chica. Ahora a devorar kilómetros, para unas horas después abrazar a los suyos

en su casa. Procede de un amigo de Méjico, que apenas salido Manolete de allí, pregunta sobre el tiempo que tardará en regresar.

La pausa es aprovechada por el matador para encender un cigarrillo. El tabaco rubio es su mayor delicia.

—Ahora que no sé lo que es fumar un cigarro puro. Muchos pitillos sí, pero el puro creo que me haría daño—nos dijo, saliendo al paso de nuestra observación.

—¿Le habrán llegado noticias de la campaña taurina en España?

—Algunos me hablaron ya de las conveniencias para todos de que desistiera de mi acuerde. Pero lamentándolo mucho, yo no puedo. Mi deseo es que todos ganen mucho dinero; pero también tendrán ocasión para rebajar las entradas.

El de Córdoba nos anunció que su campaña en Méjico será en la próxima temporada de menos corridas. Las treinta y una que despachó en la de 1945-46 no las alcanzará en la futura.

Este es su deseo. Juntamente con la necesidad de acortar el número de festejos

—¿Qué más quisiera yo —dice— que torear ahora cuarenta corridas en España y otras tantas en Méjico! Pero voy a pensar un poco más en mí que en los triunfos y la gloria, tanto artística como económica.

Con el pie en el estribo del coche despedimos a Manolete. Camino de Córdoba, para donde salió el martes a las once y media de la mañana.

otro no ayuda nunca y es preciso pelear mucho para triunfar. Yo considero esta primera campaña algo «turisticista». Pero la próxima será más completa.

—¿Y en cuanto a la afición?

—Se parece mucho a la nuestra. Hay pasión, juntamente con un gran ambiente. Ahora, que es una pasión emotiva; pero con conocimiento. Y en Lima, con ser también inmensa la pasión,



La última fotografía de Manolete, a su salida para Córdoba. El diestro cordobés posa especialmente para EL RUEDO

MANOLETE NO TOREA... El cordobés, se asegura, viene a descansar. No recibe a nadie ni quiere hablar de toros...

Este era el ambiente que se recogía desde que se anunció la llegada a España del diestro español. Camará, en unas declaraciones, ya había anticipado algo de lo que pensaba hacer Manolete. Traía una prohibición de gestionar contratos, y los peones David y Barajas habían recibido la orden de que se contrataran para la campaña de España al servicio de otros espadas.

Eran datos suficientes para pensar que realmente Manuel Rodríguez ansiaba el reposo. Buscaba, alejado de todo contacto con la fiesta, descanso para los nervios.

Pero aun quedaban esperanzas. Acaso el interesado dijera la última palabra. Aun podía ser convencido. Las presiones de los amigos y empresarios que ejercieran suma influencia podían alterar los planes concebidos en Méjico.

Pero no. Manolete ha dicho en Madrid a cuantos se acercaron hasta él que no torea. No ha rehuído el contacto con aquellos que tenían que cumplir una misión. Y en compañía de su apoderado, amigo, asesor y persona de toda su confianza, nos ha hablado Manolete.

De todo lo que podía interesarnos. Sin poner un solo reparo a nuestras preguntas.

Ante nosotros Manolete no es el hombre orgulloso, admirado por millones de seres. Su popularidad queda oculta y tenemos frente a frente al torero que siente afición.

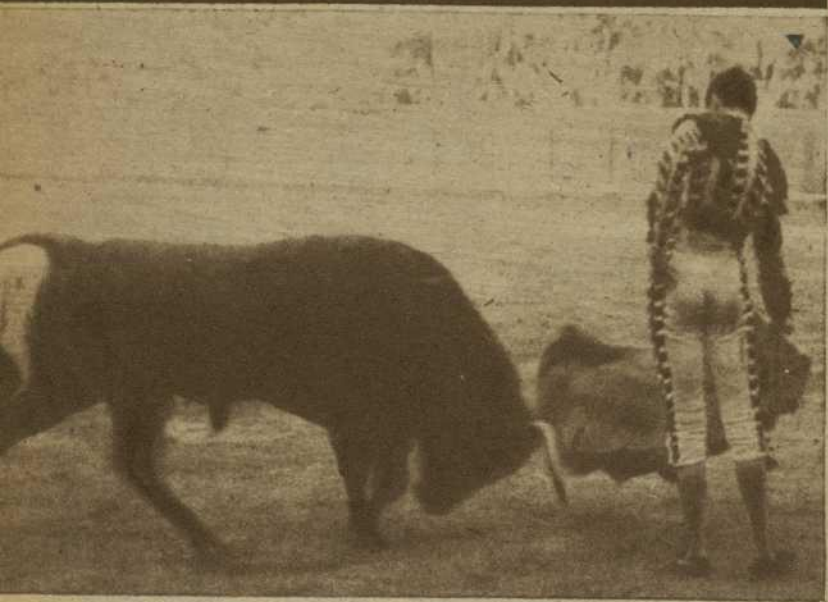
—Pregunte—fué su respuesta cuando le abordamos.

—¿Esta era la primera vez que actuó en Méjico?

—Nunca había salido de España. Y sin haber fracasado no estoy del todo contento. No he estado ligado con el toro, porque del nuestro al que se lidia allá existe una gran diferencia. El de España posee casta, y si el toro acompaña, a poco que embista, se le hace faena. Pero el

CARTEL DEL JUEVES

Juanito Belmonte, Luis Miguel
Dominguín y Parrita



Luis Miguel en un muletazo por bajo.—Abajo: Juanito Belmonte en un lance de capa a su primer toro (Fotos Valls)

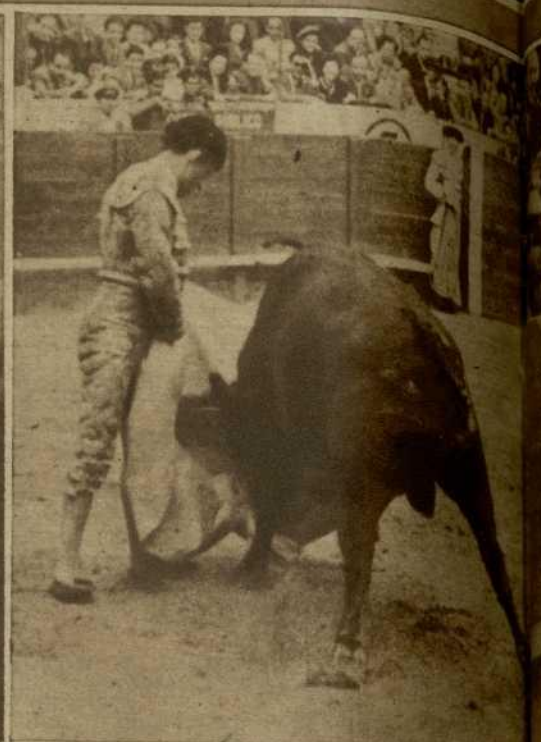


Parrita toreado de capa en la corrida celebrada el jueves pasado en Barcelona

TOROS EN



Belmonte reparando la taleguilla



Belmonte en una verónica a su segundo toro

Cartel del domingo

Momento de ser cogido el diestro Juanito Belmonte. Luis Miguel y los peones ayudan rápidamente al quite. La cogida no tuvo, afortunadamente, consecuencias



Unos aficionados catalanes, lectores de nuestra revista, pesan para nuestro fotógrafo en la corrida celebrada el domingo en Barcelona



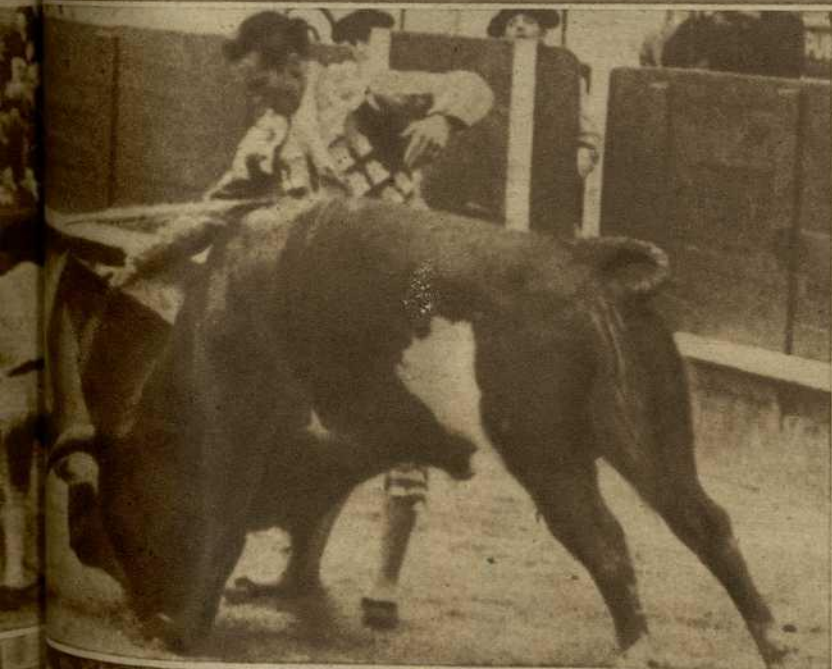
BARCELONA



Luis Miguel brindando su toro a Aldeano

Luis Miguel adornándose en banderillas

BELMONTE Y LUIS MIGUEL DOMINGUÍN



Luis Miguel Dominguin en un magnífico derechazo por bajo durante la corrida celebrada el domingo pasado en Barcelona, en la que actuó mano a mano con Belmonte



Aldeano, que dió la vuelta al ruedo por su notable actuación, picando al toro que le correspondió a Luis Miguel Dominguin, y que después le fué brindado por el diestro (Fotos Valls)

EL DIA DE SAN FERNANDO

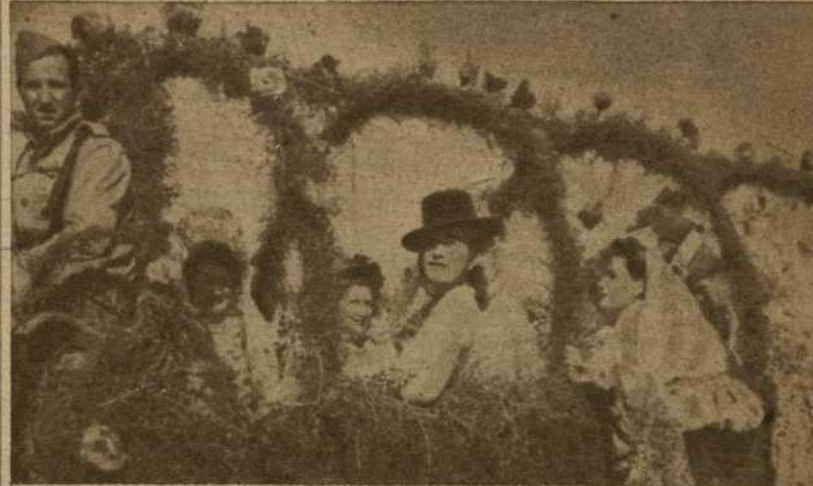
FESTIVAL EN FIGUERAS



Las hijas de los jefes y oficiales que presidieron el festival celebrado en Figueras



Juanito Balaña, que actuó en el festival, clavando un buen rejón



Las señoritas que presidieron el festival se trasladaron a la Plaza en carrozas engalanadas.—Abajo: Soldados que tomaron parte en el festival (Fotos Valls)



ANTE LA MUERTE DEL CABALLO CARTUCHO, ALVARO DOMEQ ANUNCIA SU RETIRADA

**"Todo lo vale el caballo Cartucho"
"Precio sólo por montarlo un día"**

La muerte le retiró de las plazas y su jinete se va"

sus aguas sobre las paredes de la ciudad murciana que parece que me quiere ocultar la débil timbrada del teléfono de mi cuarto. Pero no, lo oigo, y además, no sé por qué presentimiento me suena cada vez más fuerte en los oídos.

—Le llaman de La Línea.
—¿Quién es?
—Soy Antonio.
—¿Cómo está el caballo?
—El caballo ha muerto. Murió esta mañana, a las ocho y media.

—Si; córtale la cabeza y las patas que quiero conservarlas. Pregunta si se le puede también cortar el corazón.

Desde la Argentina, con su filiación de pura sangre inglesa, llegó un día a España el caballo Cartucho. Le hicieron correr en los hipódromos, porque allí ganó en ellos. Le hicieron saltar. Le hicieron volar por el campo, hasta que un día llegó a mí. Había que comprarlo a un amigo. Pero no importa.

—Tú le pones precio.
—Cincuenta mil pesetas. Todo lo vale el caballo Cartucho. Ya lo dijo un clásico aficionado jerezano: «Precio sólo por montarlo un día», y ahora la lucha; variar la doma, variar su paso, hacer que pare a voluntad.

Un día la canela de una finca tardaba en abrirse. No importa, por-

no tu jinete; eres tú, caballo. Puede llamar grande, rey en el caballo mio, Cartucho; caballo que me llevaron a la Plaza, que

Recuerdo nuestra conversación que me llevaron a la Plaza, que

por qué no presenciaste, con los caballos, ese acto emocional de un alma y un corazón, que tú no tuvieses alma, tenías un corazón para las grandes empresas. Acuérdate, excusé. Te dije que el ser torero de españoles y te enfadaste conmigo. Te prometí ayudarte; te prometí poner una piedra de mi oratorio. Yo cumplí mi promesa; tú cumpliste tu ofrecimiento. Tal vez Dios ha dado nuestra osadía y nuestro orgullo.

Tú quisiste demostrar que el sangre inglés también se podía montar en la Plaza. Yo quise demostrar que vaba a ello. Dichoso orgullo que costó la afición; dichoso orgullo que partió el alma. Yo nunca me acordaré de Cartucho, nunca te lo diré. Tu ilusión mejor. En el momento

muertos, el único a quien se te explicaciones, Cartucho,

muertos, el único a quien se te explicaciones, Cartucho,

po y, desde el día de tu cogida, en la Plaza también.

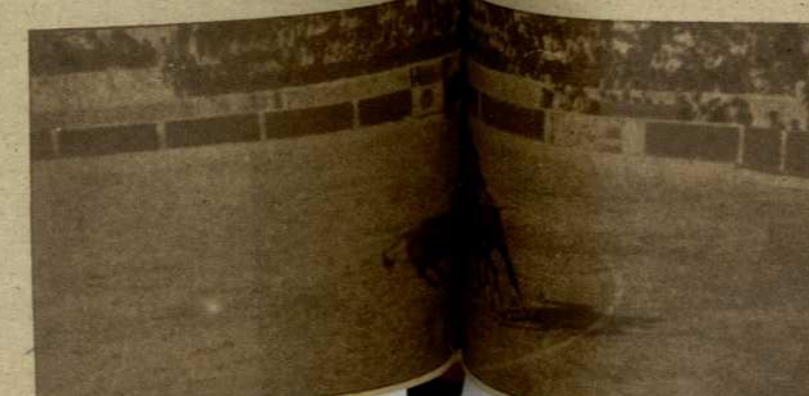
¡Qué cosas me hiciste ante el toro; qué tranquilidad la tuya en aquel día! Pareías sentir tu muerte; ni la música te molestó, ni mi responsabilidad te achicó. Pero dime también; ¿por qué te cogió el toro? Yo creo que fué que yo estaba demasiado orgulloso de ti y quería contarte a mi yegua Espléndida que tú, muy pronto, la ibas a superar. Me distraje entonces como ella; quise poner el último rejón y le di todas las ventajas al bueno y bravo toro de Gallardo. Me olvidé que, tan de frente, tú todavía no podías medir igual la distancia.

En fin, para qué hablar más: me equivoqué, y me equivoqué yo. Que lo sepa la afición y los caballos todos y que lo sepas tú, caballo de mis ilusiones. Yo fui quien se equivocó, aunque quisiera después culpar tu falta de práctica. Me equivoqué, y por eso te rindo desde aquí el homenaje de mis pobres letras. Con ellas quisiera expresarte mi pena. Tu muerte ha roto por su centro una ilusión sostenida sólo por tus lomos. Ellos me ayudaron a continuar este año para poner la última piedra en la obra que comencé. Ya cumpliré mis compromisos hechos; pero como tú te retiraste por la muerte, yo me retiro por tu recuerdo. Este año de 1946, la muerte retiró al Cartucho de las Plazas, y ese mismo año su jinete se va porque el fin queda cumplido y porque la afición se la llevó el caballo envuelta, con su muerte, en la sangre de caballo mejor. Sí, Cartucho; el mejor que yo monté en mi vida y has muerto sólo porque el Destino me hizo equivocar.

Tus hijos, Cartucho, guardarán tu recuerdo, y tu cabeza disecada presidirá las cuadradas en donde tuvimos a que el día esas palabras de amor y comprensión.



Cartucho caracolea ante el toro, en la Plaza de La Línea. Momentos después había de caer herido.



Cartucho muestra en esta fotografía su gran estilo de saltador y la gracia de su línea estilizada de caballo de pura sangre.

Hasta aquí las cuartillas de Alvaro Domecq, en las que el rejoneador famoso expresa su dolor por la muerte de Cartucho. Ahora, para el aficionado, significan también que desaparezca de los ruedos quien con su arte contribuyó en estos años al mayor esplendor de la fiesta. Fensemos todavía que esta decisión puede ser rectificada, porque acaso la haya tomado don Alvaro Domecq en un explicable momento sentimental.

Alvaro Domecq en el campo, montando a Cartucho, durante los ejercicios de doma (Fots. Marl)



Alvaro Domecq, montado sobre Cartucho, en una de las fiestas celebradas este año en su finca de Jerez

He aquí el artículo que Alvaro Domecq nos remite:
Eran las dos de la tarde...

Son las dos de la tarde de un día glorioso de la Ascensión. En las calles, el rugir de coches y galeras con su constante ir y venir. En el hotel, sobre el techo de mi cuarto, veo venir en sombras viajeros que discuten sobre lo que más tarde van a ver al toque de un clarín. En mi espíritu ya suena el clarín de una nostalgia. El río Segura choca

El caballero jerezano, sobre Cartucho, saltando un obstáculo improvisado durante un entrenamiento



que Cartucho, conmigo, saltó las alambradas. Allí, un torete del Conde de la Corte, que en su tienda se huye muy cerca de donde se debía llegar; pero no importa; Cartucho lo alcanza y derriba con su jinete, para que luego, a lo mejor, digan que el jinete es bueno. No es bueno.



ELEGÍA A UN CABALLO MUERTO

Al caballo Cartucho, muerto en
la Plaza de Toros de La Línea.

hidalgo y aventurero
me voy sintiendo a la vez.

VOZ PRIMERA

Caballero sin caballo
es un orgullo sin prez,
es una fuente sin agua
y un escudo sin cuartel.
¡Malhaya del caballero
que el caballo fué a perder!

—Cuando le saco a paseo
por los campos de Jerez,
me cimbreo sobre el lomo
con la soberbia de un rey.
Con mi caballo careto,
mixto de gaucho y de inglés,

VOZ SEGUNDA

—¿Qué harás con ese caballo?
¿Qué harás, Alvaro Domecq?
¿Le harás perseguir estrellas
en trotos de amanecer?
¿Le harás saltar los arroyos
cuando el sol quema la mies?
¿Qué harás con ese caballo
que entre tus muslos se ve,
al que das todas las horas
más mimos que a una mujer,
más franqueza que a un amigo,
más respeto que a una ley?

VOZ PRIMERA

—¡Le haré el caballo torero
mejor que vió un redondel!
Trote de palmas y vivas
con su trote rimaré;
en el airón de su cola
un capote he de poner,
que vean mis ojos tan sólo,
para quebrar a uha res...
¡Con rabos y con orejas
la cuadra le alfombraré,
que será el mejor caballo
que jamás vió un redondel!

VOZ SEGUNDA

—¡Tienes razón, caballero;
mejor que un amigo es
el tener un buen caballo
que nos sepa comprender;
pero... no le hagas torero;
en la cuadra déjale,
que tengo el presentimiento
que no le vuelves a ver,
y pobre del caballero
que sin caballo se ve...

(Música.)

VOZ PRIMERA

LA LINEA, tarde de toros,
mayo del cuarenta y seis,
gastador de las cuadrillas
va don Alvaro Domecq;
sobre el caballo careto,
viva estampa de un cartel,
que sale a hablar con la muerte,
siendo la primera vez.

—¿Ves, Cartucho? Esta es la fama,
mira qué bonita es;
se pone tu crin de punta
y se estremece tu piel...
Esto no es nada; lo grande
es lo que viene después...
Ya suena el clarín, Cartucho;
tiembles como una mujer...
Primero, nosotros solos;
y luego..., solos los tres...

(Ruido de ambiente.)

—Mira el cuerno cómo brilla
al sol, igual que un cairel...
¡Vamos, Cartucho! ¡Upa! ¡TORO!!

¡Valiente!... ¡Vuelve otra vez!...

¡TORO!! Cartucho, ¿qué pasa?
¿Qué te pasa?... ¿Dime?... ¡Qué!!
¡Sangre en el anca! ¡CARTUCHO!!
¡Llevarse el toro!...

VOZ SEGUNDA

—... ¿Lo ves?
¡Caballista, se te muere!
¡Se te muere!...

VOZ PRIMERA

—... ¡Cállate!!
—... Otro caballo... ¡Cartucho!!
Sangre de muerte y clavel
va sembrando por la arena
con la soberbia de un rey...

Disecarme la cabeza
sin que se rompa la piel...;
quiero tenerla delante
mientras yo la pueda ver...
Una voz me lo decía
y no la quise entender...
Tenía los ojos... ¿Te acuerdas,
amigo?... ¡Ya no me ven!

VOZ SEGUNDA

—Si te verán, tendrán viva
aquella luz que se fué.
¡Lágrimas de caballista
por ojos le han de poner!!

VOZ PRIMERA

—Entre una paz de olivares,
y camino de Jerez,
como un centauro vencido
vuelve el caballero a pie.
¡Que se abran todas las nubes,
que Cartucho va a correr!...
¡Pobre caballo careto
sin don Alvaro Domecq!

MANUEL MARTINEZ REMIS



Don Natalio Rivas, en el estudio de Juan Cristóbal, posa, y mientras el escultor modela, el ilustre escritor charla de toros con Ortega, el hermano de éste y nuestro colaborador Antonio Díaz-Cañabate

EL PLANETA DE LOS TOROS

Cómo mataba Frascuelo, contado por Mazzantini, a través de don Natalio Rivas

DON Natalio Rivas posa para una cabeza que le está haciendo Juan Cristóbal. Hemos llegado una de estas mañanas a su Estudio Domingo Ortega y yo, Don Natalio quería conocer a Domingo. Pues él, que conoció desde Lagartijo y Frascuelo a todos los grandes toreros, no había tenido nunca ocasión de estrechar su mano.

—Es usted —le dice— el único torero clásico que nos queda. Es usted el gran torero de estos tiempos.

Y don Natalio opina sobre el toreo actual: No le gusta. Lo mismo le ocurre a don José Ortega y Gasset. Son dos votos que restan muchos.

Charlan don Natalio y Domingo. No voy a descubrir ahora a don Natalio Rivas como conversador. Pero sí voy a envidiarle. ¡Qué vida tan cumplida la suya! Hele aquí, a los ochenta y un años, tan campanante, fuerte, con el solo alifafe de una sordera, que combate con un aparato. Locuaz, con su memoria prodigiosa, con la vivacidad de su ingenio, con el acopio de infinitos episodios por él vividos en la intimidad de aquellos hombres que hoy son nombres gloriosos en muchas historias, en la política, en la literaria, en la taurina. Este hombre, que ahora habla con Domingo Ortega, sostuvo fraternal amistad con Luis Mazzantini, con Guerrita, con Antonio Fuentes. Y esto es lo que le envidiamos. Tener amigos es difícil; tenerlos ilustres de verdad lo es aún más. Convivir en su intimidad, retener en la memoria, en el corazón y en la inteligencia trozos de sus vidas; conservar en un archivo cartas interesantísimas, por ellos escritas, esto es lo envidiable.

Don Natalio, sentado en un sillón, emplazado en una plataforma de madera giratoria, posa

para Juan Cristóbal. Pero hablando, que es su actitud habitual. Es el gran dilapidador de un caudal inestimable: el de los recuerdos de su vida, de una vida vívida, cosa muy difícil de lograr, como bien comprobamos en estos tiempos, en los que abundan las Memorias escritas por unos hombres a los que nos les sucedió nada en su paso por el mundo. Que nacieron, que fueron jóvenes, que tuvieron tres novias, que hicieron unas oposiciones, que ganaron algún dinero, que un día fueron ministros o escribieron un drama, con bastante buen éxito, y que se murieron. Don Natalio también ha sido ministro. Pero, sobre todo, en esta mañana, lo que nos interesa es que recuerda perfectamente cómo toreaba Lagartijo y cómo mataba Frascuelo.

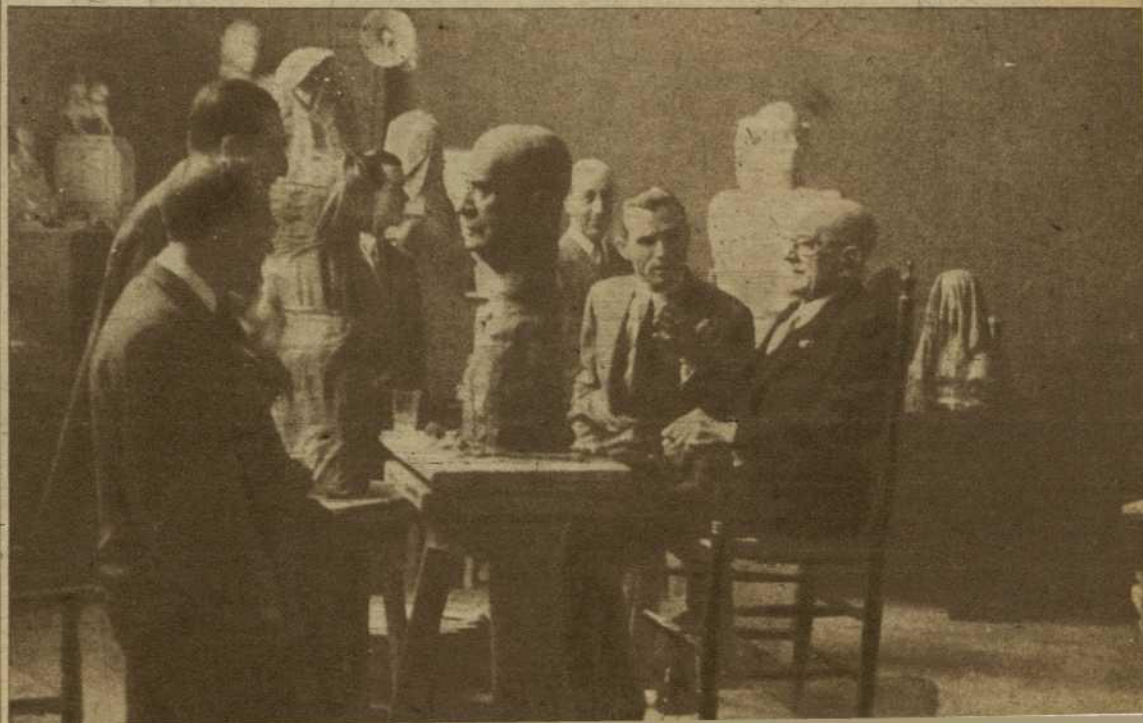
—¿Cómo mataba Frascuelo, don Natalio?

—Mire usted: no se lo voy a explicar con palabras mías; les voy a contar a ustedes lo que me contó a mí Mazzantini un día que hablamos de Salvador Sánchez. Me decía aquel enorme estoqueador que fué Luis, de quien más que amigo fuí hermano, hasta el punto que en sus últimos años, cuando me veía, en lugar de darme la mano, me besaba en la frente. Pues me decía Mazzantini: "Como Salvador, no ha matado toros nadie. Un día toreaba yo con él, y le tocó un toro, el más grande y con más cabeza que recuerdo haber visto en toda mi vida de torero, y además, avisado, reservón, difícil. Salvador se fué para él y le dió pocos pases, muy pocos; se le quedó el toro colocado en la suerte natural, y Frascuelo se perfiló, muy cerca de los pitones; tan cerca, que la punta de la espada estaba al nivel del sitio del descabello. Yo estaba pegado a la barrera. En la Plaza se hizo un silencio impresionante. Yo, instintivamente, cerré los ojos. ¡Lo va a destrozar!, pensé. Pero pudo más mi admiración, e inmediatamente los abrí, a tiempo de ver a aquel hombre salir, limpio, por el costillar de aquella mole que, segundos después, se desplomaba sin vida a sus pies. Como Frascuelo no ha matado toros nadie".

En el Estudio de Juan Cristóbal también se ha hecho el silencio. Ese silencio que, a veces, es la forma más expresiva de la admiración, admiración por Frascuelo y por este don Natalio Rivas, generoso narrador de tantas vidas.

ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE

La charla entre don Natalio y el torero se extiende dentro del tema taurino, y surge la pregunta: ¿Cómo mataba Frascuelo?



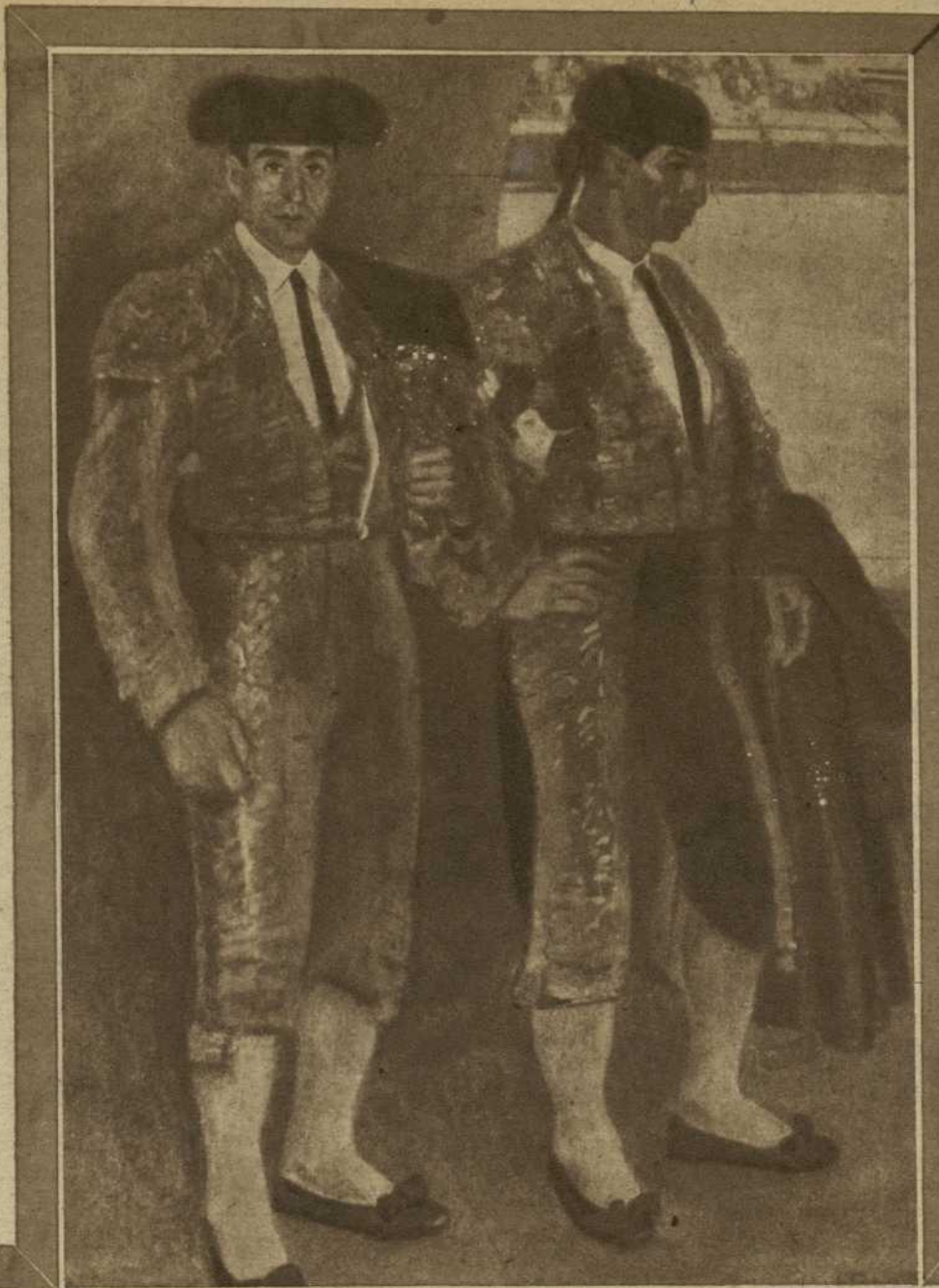
CUANDO en un examen global de la obra de un pintor analizamos de un modo cronológico y correlativo su producción, la que va desde los comienzos de su carrera a su plenitud del momento, son de notar las variantes y características de su natural y obligada evolución, las distintas fases formativas por que ha atravesado, hasta el logro definitivo de su personalidad y de su arte peculiar y particularísimo. Hay en los primeros pasos artísticos del pintor como una inseguridad, una vacilación propia de su inexperta estabilidad en el arte, para el que hay una infancia, una adolescencia y hasta una senectud como en la trayectoria vital, en el humano desarrollo de la fuente agotable y percedera de la existencia.

Esa falta de gravedad y equilibrio, esa flexibilidad del arte, esos preliminares de aclimatación y sosiego, son en la obra pictórica de una importancia capital y en cierto modo extraordinaria, porque en ella están condensadas las esencias generatrices, la raíz u origen de los frutos sazonados del futuro.

Es raro, a la vez, el pintor que no acusa, en sus pristinas manifestaciones artísticas, notorias e inocultables influencias. El artista se crea a sí mismo, pero con la ayuda de los demás, porque lo bueno le enseñará un camino y una meta, y lo malo, mediocre o francamente destestable, en una imparcial labor comparativa, motivo para apartarse de cuanto a su pintura, técnica y estilo, pueda serle nocivo o perjudicial. Luego, su temperamento, sus privativos gustos y preferencias, su manera de ver y entender el arte, le llevarán a formar su escuela con arreglo a los propios cánones estéticos por él establecidos.

Que la disparidad en reflejar el arte puede, cuando hay emoción y bondad constructiva, llevar a la maestría aun a pesar de lo antitético con los sistemas patronales. Así, frente a la luminosidad colorística de los retratos de Goya, las maravillosas opacidades y deformismos en las figuras de "el Greco"; junto a los oscuros tenebrosos de Valdés Leal y Alenza, el academicismo sereno y optimista de Velázquez, o el cromatismo perfeccionista de Murillo; a un lado, Rubens, opulento, espléndido y, en cierto modo, provocativo, con el fino erotismo de sus mujeres; al otro, el sentido místico y monacal de los frailes zurbanescos o los cuadros religiosos de Claudio Coello... Y así, en antítesis gloriosa de su arte, lo más florido y magnífico de la pintura de todos los tiempos.

Descubrir ahora la independencia pictórica de Vázquez Díaz nos parece una misión harta innecesaria. El pintor de la Rábida, consecuente con su influjo temperamental, revolucionario consiguientemente, no se

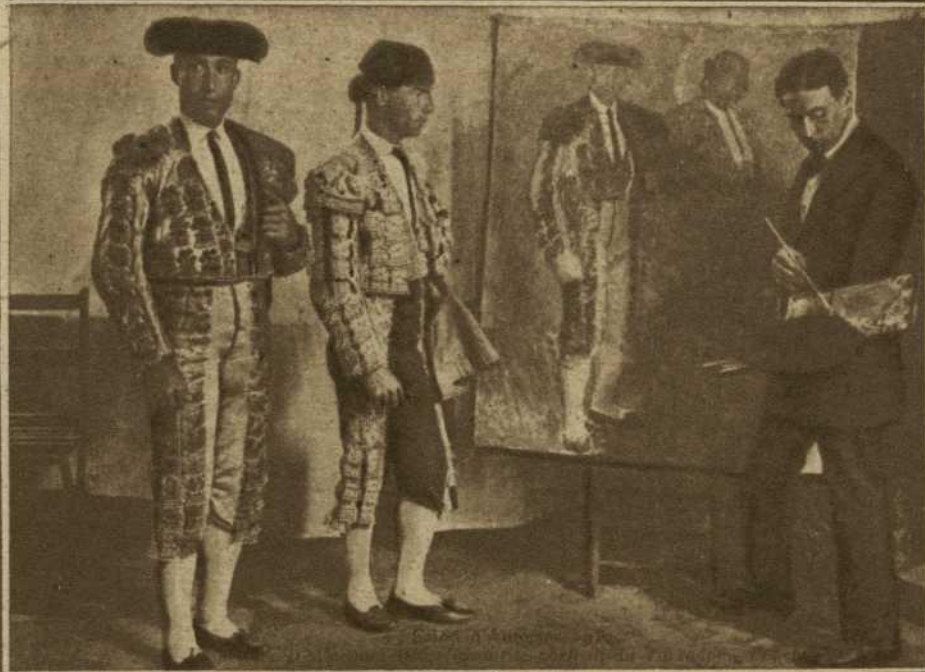


«Pepete y su banderillero Bazán», cuadro de Daniel Vázquez Díaz, pintado en 1910 y expuesto en el Salón de Otoño de París del mismo año

EL ARTE Y LOS TOROS

Ante un cuadro inédito en España de VAZQUEZ DIAZ

Sala de toreros en la Plaza de Toros de San Sebastián: Vázquez Díaz pintando el retrato de «Pepete», que posó junto con su banderillero Bazán, para que el artista realizara el cuadro existente en Francia



sujetó nunca a preceptos o escuelas determinadas. Dejó que su visión de las cosas, su concepto del color, manejara sus pinceles, y fiel a cierta corriente nativa y controvertible se enfrentó valientemente con cierto amaneramiento empalagoso de sus coetáneos, que, esclavos a la temática y procedimientos de la fase decimonónica, llevaban su arte por los mismos conductos de cierto academicismo engolado y efectista de fin de siglo.

Francia ventila y oxigena las ansias productivas de Vázquez Díaz; mas no se crea que el ambiente parisino, con su snobismo vanguardista del momento —corre el año 1905—, el tono de los Salones y el espíritu batallador y a la vez inseguro de los adelantados en arte, deteriora o marea su obra. Los piruetismos pictóricos, de los que ya alardea la juventud cosmopolita de los encantadores estudios del viejo Montmartre, no han prendido ni deslumbrado al pintor andaluz, y la nostalgia de su patria, a la que se acerca amoroso todos los años, le hace no perder las esencias raciales e hispanistas que caracterizan toda su obra. Porque la españolidad de la pintura de Vázquez Díaz es innegable. No se hable, no, de influencias externas, de la hegemonía que Francia ejerce en su arte, nacido y fomentado en nuestras tierras, bajo un sol cegador y con la caricia ceceante de nuestro idioma, hecho pregón y canto en las viejas tierras de Huelva, conquistadora y ecuménica.

Casi de su primera época es el retrato de Pepete, pintado en el verano de 1910, en San Sebastián, en la misma Plaza de Toros y sala de toreros, y que se desconoce todavía en España. Nada dice en este lienzo, interesantísimo de estilo, ambientación y técnica, de la fase formativa del artista. El pintor ya está hecho, la fruta está en sazón, la maestría está lograda; porque si comparamos esta obra con las últimas realizadas por su pincel, no se acusan tan hondas y marcadas las ferencias.

Las hay. Tiene que haberlas, porque treinta y seis años no pasan en balde en la obra de un artista; mas no son tan pronunciadas para que ellas signifiquen como la lenta rectificación de los pasados errores que pudieran haber existido.

La pincelada ya es segura y firme, sin una vacilación de trazo, sin un titubeo, porque la plenitud artística y conceptualista está lograda.

Vázquez Díaz, en este cuadro que hoy se ofrece al conocimiento y comentario público, es ya el maestro indiscutible de siempre.

El revolucionario que señala una escuela y traza un camino.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

El doctor MORA y COMAS opina que la medida exacta de un torero no se puede apreciar sino cuando se ha enfrentado con toda clase de toros



No puedo precisar fecha; pero mis recuerdos de corridas de novillos o de toros se confunden con los más lejanos de mi niñez, y representaban los más gratos de cuantos guardo de los espectáculos a los que me llevaron entonces. En Aragón, en donde yo vivía, había pocas corridas, éstas en los días más señalados, y asistía a ellas con mi padre

y sus amigos, como premio previamente convenido a mi comportamiento escolar; cuando lo mereciera, y acompañado también de los hijos, también premiados, de estos amigos paternos. Me admiraban la valentía, el pundonor y compañerismo de aquellos toreros de entonces que a nada parecían temer, que durante sus faenas, en competencia tan sincera como honorable, trataban de mejorar las que hicieran sus compañeros a los otros toros, competencia que no impedía la ayuda al compañero de lote menos afortunado, que le correspondió el enemigo más temido. Recuerdo a este propósito, una corrida en la que, por lo visto, del ganado, todo el muy duro, todavía sobresalía uno de los toros por su tamaño, poder y mayor dureza, y fué público el hecho de que por la mañana en la Plaza, antes del sorteo, habían convenido los espadas en que al que le tocara en suerte «este regalo», los otros dos le ayudarían en su lidia como peones de brega, y efectivamente, conservo el recuerdo de ejemplo de compañerismo de la lidia de aquel toro con la intervención de los tres espadas, sin permanecer ninguno ajeno al mayor peligro de uno de sus compañeros.

Quien así nos habla es el doctor Mora y Comas, a quien esta mañana hemos venido a ver para que nos cuente sus impresiones de aficionado excelente y entendido.

—Recuerdo que entonces —por lo menos en aquella región— se ejecutaban en las Plazas suertes muy variadas que en el caso más desfavorable daban gran espectacularidad a la fiesta. Me refiero al salto de la garrocha, picadores con caballos de mimbres, las ya más vistas banderillas en silla y el hoy tan celebrado quiebro de rodillas a porta gaxola, que entonces lo realizaban muchos de los más modestos novilleros, tan valientes y de tan pocas pretensiones.

—¿Y cuándo empezó a ir a la Plaza de las Ventas?

—En 1925 es cuando comencé a ser espectador en Madrid. Posteriormente, durante los últimos años de mi carrera, actué como ayudante en el servicio quirúrgico de la Plaza de toros de Carabanchel, con los doctores García-Naya y Verdú. Plaza en la que volví a encontrar ese ambiente tan peculiar que falta en las Plazas grandes. Al aficionado le gusta, o creo le gustaría, conocer antes de la corrida ciertos detalles del estado de ánimo de los toreros, de más o menos supuestos alardes o circunstancias por los que se pueda esperar para cada fiesta una actuación excepcional; informes del trapío de los toros y de otras circunstancias que son las que forman el ambiente particular a cada corrida.

—En esa época, ¿tuvo usted que ayudar en algún accidente importante?

—Por fortuna, en el tiempo de mi actuación en aquella enfermería, no tengo que recordar ningún accidente fatal ni de gravedad extrema. Sí recuerdo que muchos de los novilleros que actuaron en esta Plaza de Carabanchel, sin regatear entusiasmos ni rehuir peligros, llevaron hasta la enfermería los rasgos de su taurina hombría. En una ocasión nos llevaron a la enfermería a uno de aquellos diestros con una herida de abdomen no penetrante e intensa conmoción; se le estaba desnudando por las asistencias, con la rapidez que el caso requería, sobre la mesa del quirófano, y en esta situación, cada vez que llegaba hasta él en la enfermería el eco de ovaciones o rumor de la Plaza, el herido, aun en estado de inconsciencia, luchaba con los que le sujetaban, realizando enormes esfuerzos para salirse al ruedo.

—¿Cuál cree usted que ha sido la mejor época del toreo?

—Tengo pocos elementos para poder enjuiciar otras épocas del toreo, pues la historia se hace con demasiado apasionamiento; pero sí es justo pensar que, si a los toreros más o menos anteriores a esta época es frecuente se les reproche de una mayor o menor falta de estética, en su lucha técnica y artística con el toro —que esto es lo que entiendo yo por toreo—, en la época actual, saturada de estética, pueden también hacerse —tal vez más!— estos reproches sobre la falta de corrección en la técnica, en cuanto no torea un toro con todas las condiciones deseables para los toreros en esta era de tan variadas exigencias.

—¿Siente usted admiración especial por un torero determinado?

—Creo que la admiración es una cosa, excesivamente compleja para poder contestar a usted sobre el que más admiro. Muchas figuras de antes y de ahora tienen en lo taurino mucho que admirar, aunque tal vez en su conjunto como toreros no sean admirables. Admiro, en primer lugar, a los toreros que torea en el sentido ya expresado —toros, y con decirle a usted que en el toreo prefiero la técnica y la alegría en el modo de hacer, que la estética en el modo de estar, podrá usted suponer mis preferencias. Digo que admiro en primer lugar a los toreros que torea toros, porque el toreo sin toro no emociona, y esta condición es absolutamente imprescindible en el toreo. Respecto al toro, me parece que se desquicia un poco este concepto en la actualidad, al hablar tan insistentemente de toro grande o pequeño. Entiendo que una cosa es toro pequeño y otra novillo, y que no debe hablarse más que de toro en el verdadero sentido de la palabra, sin afeminamientos, es decir, «sin retoques», y en el ánimo de todos creo —a pesar de todo— que está lo que debe entenderse por ello. Es decir, edad, peso, poder, cabeza, cas-



ta, etc. en una cierta —particularmente discreta— cantidad. Y no se crea que se pide esto por «violetar» al lidiador, sino por ser esa —el toro— la única unidad de medida de la destreza, capacidad, valor y otras cualidades del torero que «vamos a ver», que todavía a mi juicio resulta más necesario cuando se trata de ver a figuras tan discutidas como muchas de las actuales, que tan reiteradamente hemos visto, pero en las más de las ocasiones con ganado demasiado escogido, y que la afición necesita ver con toda clase de ganado para saber a qué quedarse. Lo mucho que se puede hacer con cierta clase de toros-novillos, aun teniendo peso, lo hemos visto, sin necesidad siquiera de recurrir a toreros, en brillantísimas actuaciones de tan buenos aficionados como son los señores Domecq, Martín, etc., entre otros, en fiestas con picadores y enemigo como el de algunas corridas de toros; pero la interrogación de gran parte de aficionados de ahora creo está en que veamos si como «los temas» que ya están suficientemente demostrados, coñocen a maravillosa perfección algunas figuras del momento, conocen también cómo debe exigirse al profesional todo el programa y resuelven en el ruedo papeletas de más dificultades.

—¿Cuál es la faena que recuerda con más agrado?

—Desde luego, las de Belmonte. Después, más recientemente, me parecieron también de mucho sabor las de Manolete, en dos ocasiones, y precisamente con sobrosos. Una, la célebre de muleta al toro de Pinto Barreiro, y la otra de capa con un toro de Graciliano Pérez Tabernero. Recuerdo también muy gratamente el gesto de Pepín Martín Vázquez cuando de novillero mató, por lamentable accidente de sus compañeros, cuatro novillos de Felipe Bartolomé, si mal no recuerdo.

—¿Ha probado sus aptitudes toreras?

—He asistido a fiestas privadas, tías y herraderos, como invitado de alguno de mis amigos o clientes ganaderos; pero no he toreado nunca, pues creo que para intentarlo se debe contar con unas mínimas probabilidades de saber hacerlo, con las que yo no cuento.

—¿Le hubiera gustado ser torero?

—Nunca pensé en ser otra cosa que médico. Ha sido y es ésta mi única vocación.

—¿Qué le quitaría y qué le añadiría a la fiesta?

—Sencillamente le añadiría una mayor rigidez en cumplimiento del reglamento. ¡Esos picadores!

RAFAEL MARTINEZ GANDIA



Muchas corridas el día de la Ascensión. El picador Aldeano dió la vuelta al ruedo en Barcelona.-Manolete regresó de su viaje a América

POR ESPAÑA Y PORTUGAL

Grave cogida del novillero Cantó en Alicante.-En Segovia fué herido de gravedad un empleado de la Plaza.-El peruano el Nene, herido en Bilbao, fué trasladado a Madrid

El pasado jueves, día 30, festividad de la Ascensión, hubo en España buen número de festejos taurinos. En Madrid se lidiaron seis toros de Cobaleda, terciados y gordos, de los que sólo el tercero dió muy buen juego. Lo aprovechó bien Pepín Martín Vázquez y le cortó la oreja. Con Pepín alternaron el mejicano Calesero, que no agradó, y Pepe Luis Vázquez, que dió una vuelta al ruedo, y cumplió en el otro toro. En Barcelona lidiaron toros del duque de Pinohermoso, que fueron bravos, Juan Belmonte, que cortó dos orejas en un toro; Luis Miguel, que dió dos vueltas al ruedo, y Parrita, que cortó oreja en sus dos toros, y salió en hombros. En Cáceres, Pepe, Antonio y Angel Luis Bienvenida, que estuvieron muy bien, lidiaron toros de Angel Sánchez y Sánchez. En Murcia, Alvaro Domecq y Pepe Anastasio fueron ovacionados. En lidia ordinaria, Pedro Barrera cortó una oreja; Julián Marín también cortó una oreja, y Niño del Barrio las dos de un toro. En Teruel, Curro Caro, Cañitas y Andaluz lidiaron seis toros de Bernaldo de Quirós.

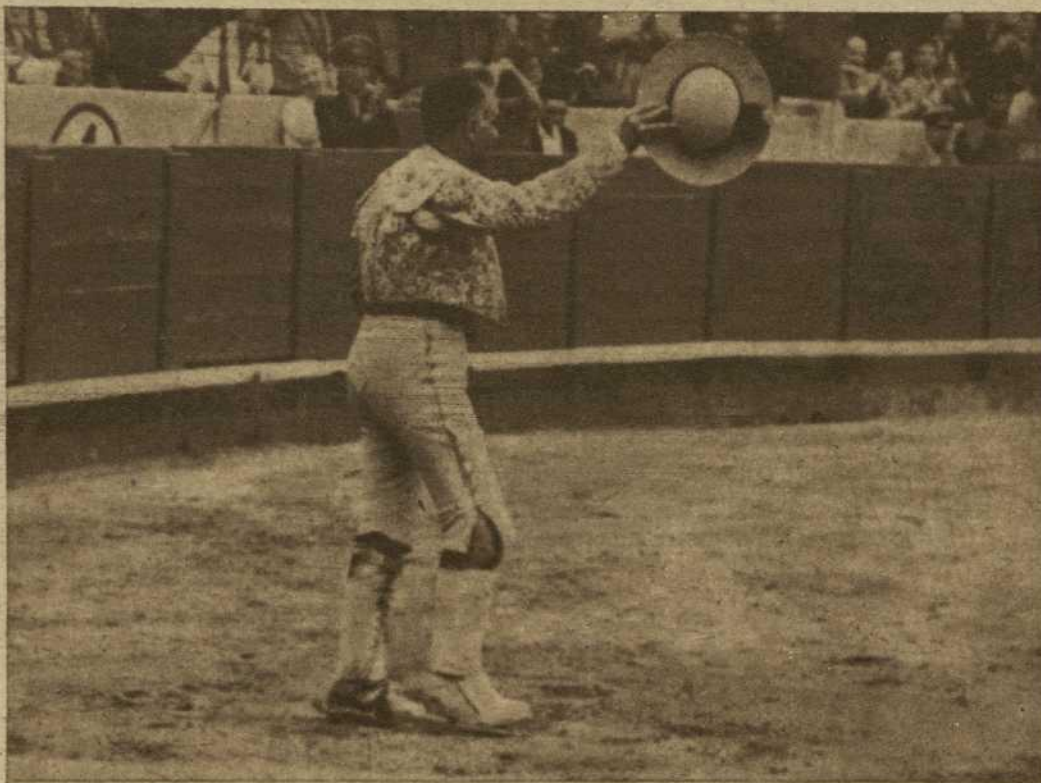
Hubo el día 30 no pocas novilladas. En Valencia, novillos de Benítez Pueyo, mansos. Los matadores Emilio Escudero, Curro Rodríguez y Paco Honrubia, cumplieron. En Pamplona, con novillos de Antonio Martínez, fué aplaudido Boni II, y Vito cortó una oreja. En La Roda, con novillos de Ramos, Juan Zamora fué aplaudido, y Juan Bienvenida cortó una oreja. En Burgos, Gumer Galván y el navarro Isidro Marín lidiaron novillos de Hernando. En Logroño, los novillos de A. Fernández no dieron grandes ocasiones de lucimiento a Pepe Carceller y Gallito de Dos Hermanas. En Aranjuez, con novillos de Ortega, Beatriz Santullano, Chico de la Estrella y Mariano Guerra fueron aplaudidos. Pepete Catalán cortó una oreja. En Hellín, con novillos de Hernández, Luis Rivas cortó una oreja, y Torrecillas cumplió.

—En Antequera se corrieron, el día 1, toros de Escobar. Pepe Bienvenida, bien con las banderillas, y vulgar con muleta y estoque, Cañitas cortó orejas en sus dos toros, y Valencia III oyó pitos en uno y cumplió en el otro.

—Demos como primera noticia del domingo, día 2, la llegada a Madrid de Manolete.

—En la Plaza de las Ventas confirmó su alternativa el mejicano Luis Briones, que gustó. Albaicín estuvo bien en uno y mal en otro. El Choni, que fué cogido por el sexto, muy bien en los dos, Los toros de Villagodio, mansos.

—En Barcelona, los toros de Tovar dieron muy desigual juego, Juan Belmonte dió la vuelta al ruedo en el primero, oyó aplausos en el tercero y cortó las dos orejas y el rabo del quinto, Luis Miguel Dominguín dió la vuelta al



El picador Aldeano dando la vuelta al ruedo entre el aplauso del público, por su buena actuación en el tercio de varas (Foto Valls)

ruedo en el segundo, y fué ovacionado en el cuarto y en el sexto. Con Luis Miguel Dominguín dió la vuelta al ruedo en el segundo el picador Aldeano, que había picado colosalmente y había sido aplaudido con entusiasmo.

—En Teruel lidiaron reses del marqués de los Altares, que fueron muy bravas. Fermín Rivera, que fué ovacionado en el primero y cortó las dos orejas y el rabo del cuarto; Julián Marín, que dió la vuelta en uno y cortó las dos orejas del otro, y Parrita, que fué ovacionado en el tercero y oyó pitos en el sexto.

—En Puerto de Santa María se lidiaron reses de Pérez de la Concha, desiguales. Domecq estuvo muy bien y cortó la oreja. Armillita, ovación en uno y dos orejas en otro. Andaluz dió la vuelta al ruedo en sus dos toros. Miguel del Pino cortó las dos orejas, el rabo y una pata del tercero, y dió la vuelta al ruedo en el sexto.

—En Bilbao se lidiaron novillos de Lafite. Martín Bilbao estuvo bien. El peruano Adolfo Rojas, el Nene, fué cogido por el primero. Después de asistido fué trasladado a Madrid, y en el Sanatorio de Toreros fué intervenido, el martes, por el doctor Jiménez Guinea. El Nene padece una herida que interesa el recto, de pronóstico reservado. El mejicano Chatito Mora fué ovacionado.

—En Zaragoza, Gabriel Pericás cortó una oreja. Fernando Pérez Tabernero estuvo muy valiente, y Pepe Carceller, desafortunado.

—En Valencia se lidiaron tres novillos de Tassara, dos de Clairac y uno de Escobar. Pepe Catalán cortó las dos orejas del primero, y dió la vuelta al ruedo en el cuarto. Liceaga dió la vuelta al ruedo en su primero, y estuvo bien en el quinto. Moncada, muy bien en los dos.

—En Sevilla se corrieron novillos de Ignacio Rodríguez. Gallito Chico oyó aplausos en uno y un aviso en otro. Vito cortó la oreja del segundo, y dió la vuelta al ruedo en el quinto. El mejicano Paco Rodríguez, desconfiado.

—Vicente Cantó fué cogido al dar un muletazo por alto al primer novillo en la Plaza de Alicante. El herido se encuentra en muy grave estado.

—Un novillo que saltó al callejón, en la Plaza de Segovia, hirió de gravedad al empleado de la misma Clemente Cuadrado. Varelito Chico y Paquito Peris cumplieron.

—En Algeciras, Antonio Duarte y José González despacharon lucidamente cuatro novillos de Vázquez.

—Sergio del Castillo cortó oreja en los dos novillos, de Hidalgo, que mató en Antequera. José Parejo fué aplaudido.

—En Santarén (Portugal) actuó Pepín Martín Vázquez, que fué muy aplaudido. También consiguieron aplausos Calesero y Diamantino Vizéu.

—Manolete marchó a Córdoba el martes. B. B.



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

LOS DOS BELMONTE

El uno —Juan, el fenómeno— ya estaba entonces en el candelero de la popularidad. Claro está que así tenía que ser, porque de lo contrario, quizá la afición se hubiera quedado sin ver nunca el toreo alegre, gracioso, típicamente sevillano de Manolo. Por-

que resulta tradicional en esto de los toros que los hermanos cojan el camino fácil ya del traje de luces nuevo que tantos sudores costó al primero poderlo estrenar.

Pero ahí están los dos con Blanquito, un novillero con el que el pequeño Belmonte formaba cuadrilla, una cuadrilla de niños sevillanos. Y Juan, a pesar de ese aire de maletilla que tanto tiempo le duró, es

el que guía. Porque ya puede hacerlo. Y por eso Manolo anda ya en los finales de la cartilla, hasta el extremo de hacerle decir a Juan que «aquel niño sabía más de lo que necesitaba». Y es que, naturalmente, el maestro no ha guardado ningún

secreto, porque la cosa se quedaba dentro de la familia.

La foto nos los presenta en la Plaza de toros de Avila, adonde esta cuadrilla juvenil sevillana ha ido para torear. Y Juan, para ver y luego contar las cosas como han sido y cómo debieran haberse producido.

Juan ha ido de director de lidia. Y desde el callejón ha dictado sus órdenes, mientras el público quizá estuviese más pendiente de aquella figurilla de principiante que se movía entre barreras que de lo que en realidad ocurría en el ruedo de la Plaza.

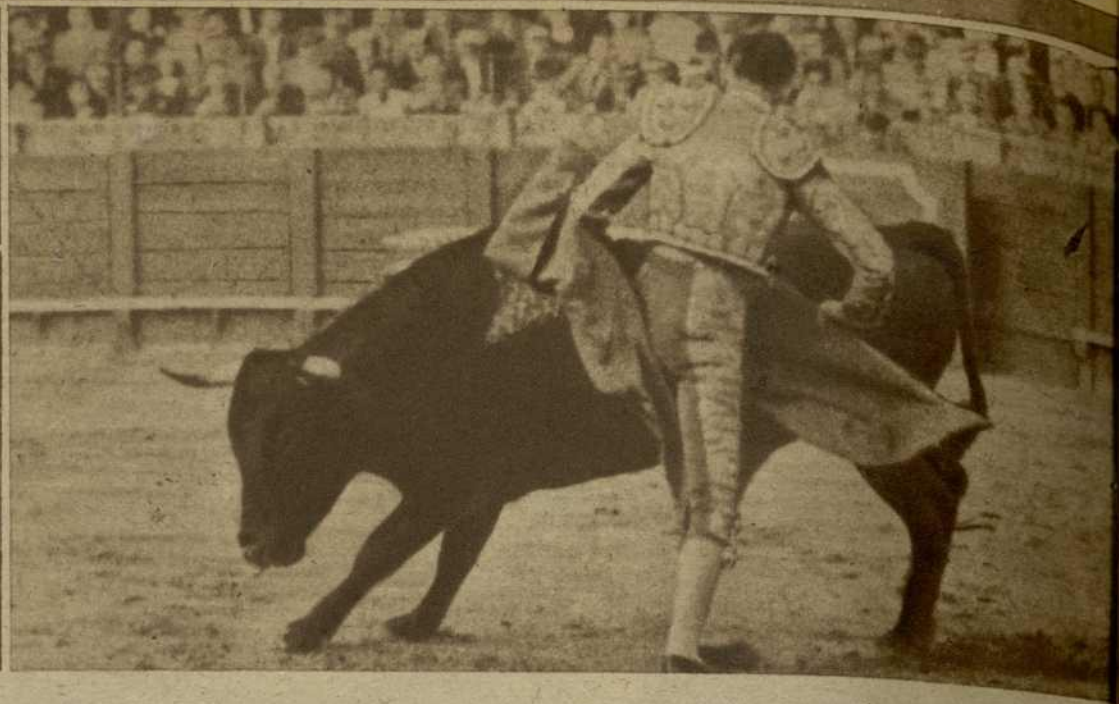


CARTEL DE SEVILLA

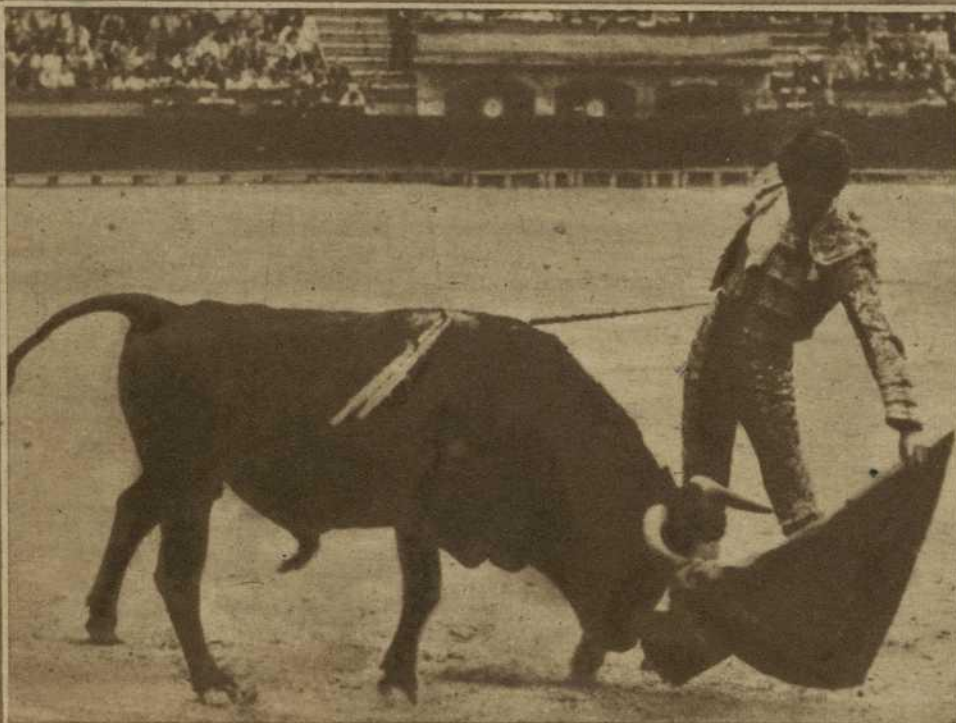
Gallito Chico, Paco Rodríguez y Vito



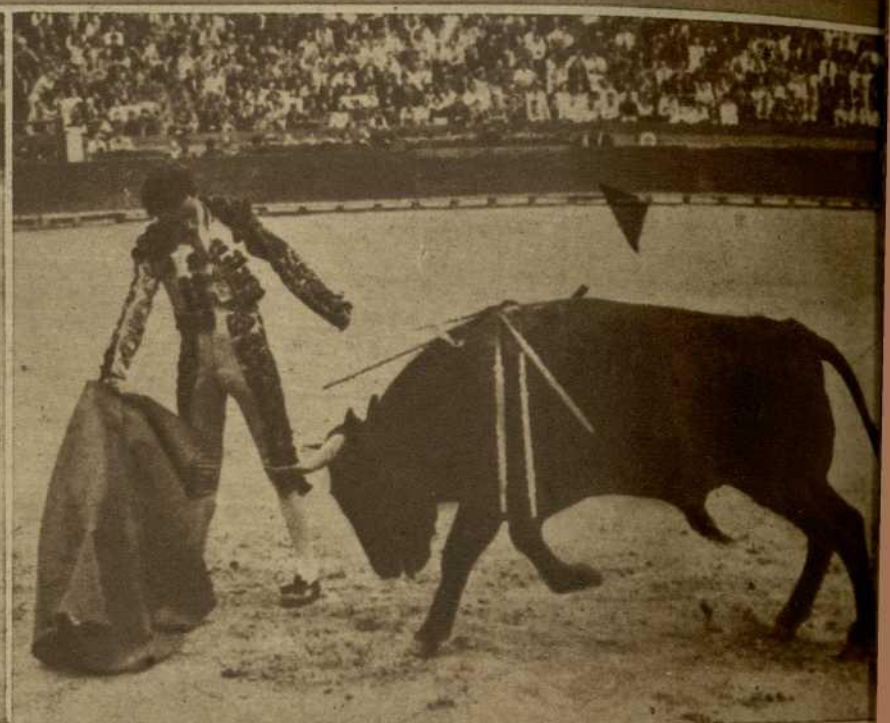
Paco Rodríguez, Vito y Gallito, antes de comenzar la corrida



Gallito al iniciar un molinete a su primer novillo



Eduardo Liceaga en un natural a su primer novillo



Pepe Catalan en la faena de muleta al toro que cortó las orejas

CARTEL DE BILBAO

Martín Bilbao, Chatito de Mora y El Nene



Martín Bilbao



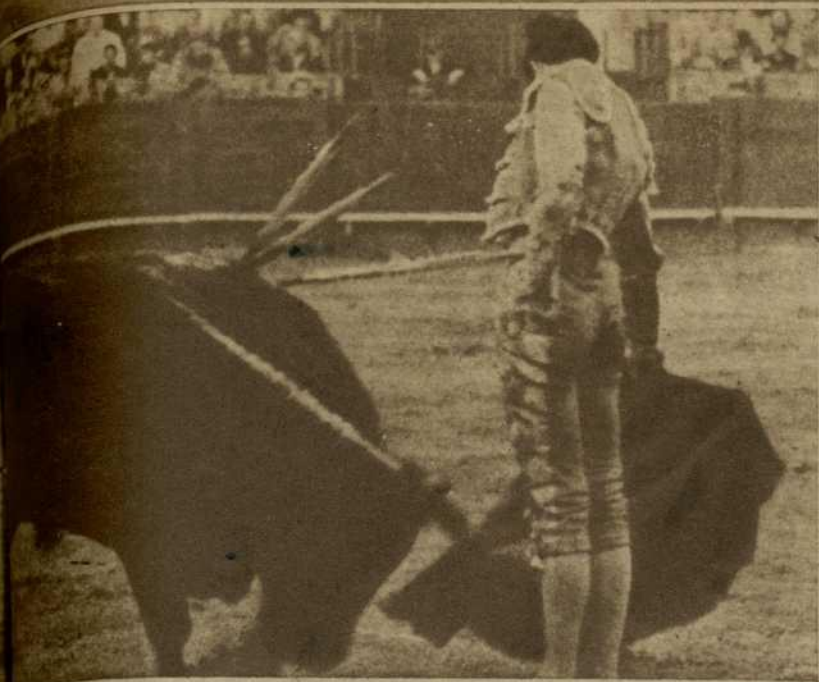
Chatito de Mora



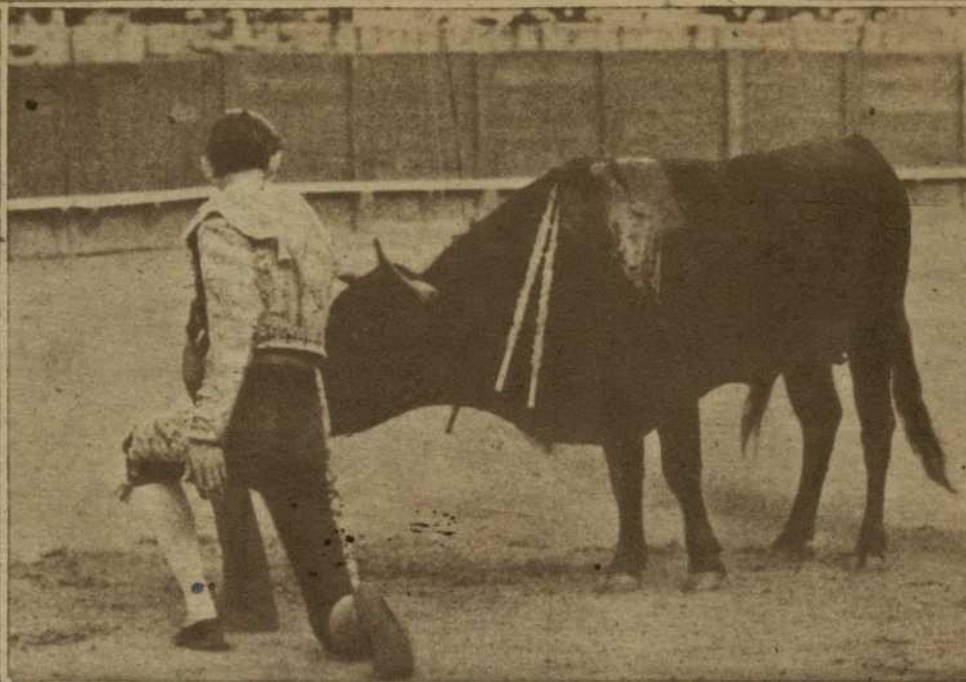
El Nene



El Nene es trasladado a la enfermería



Vito en la faena de muleta a su primer novillo



Paco Rodríguez torea con la muleta de rodillas

(Fots. Arenas)



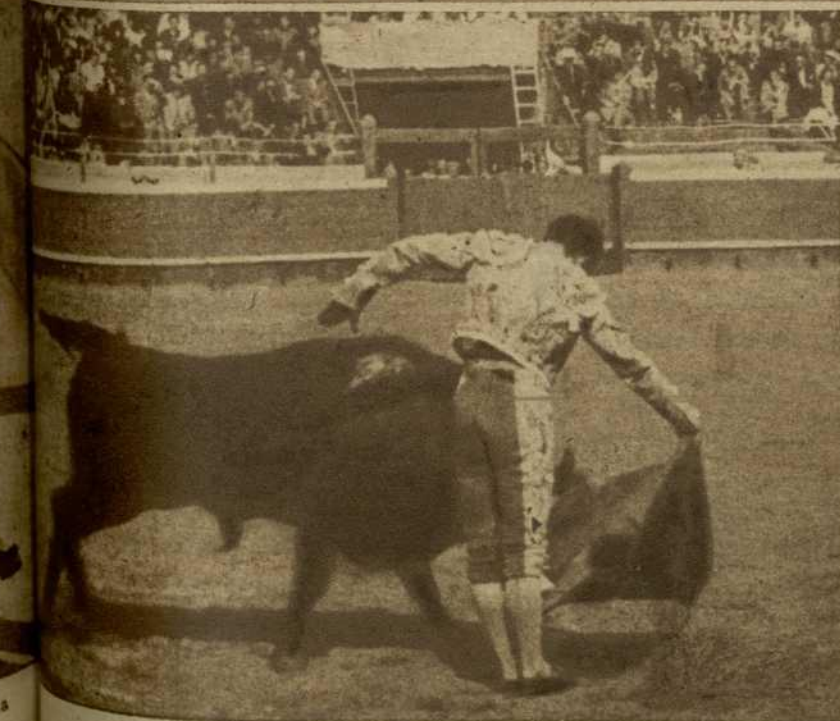
Moncada en un derechazo por bajo



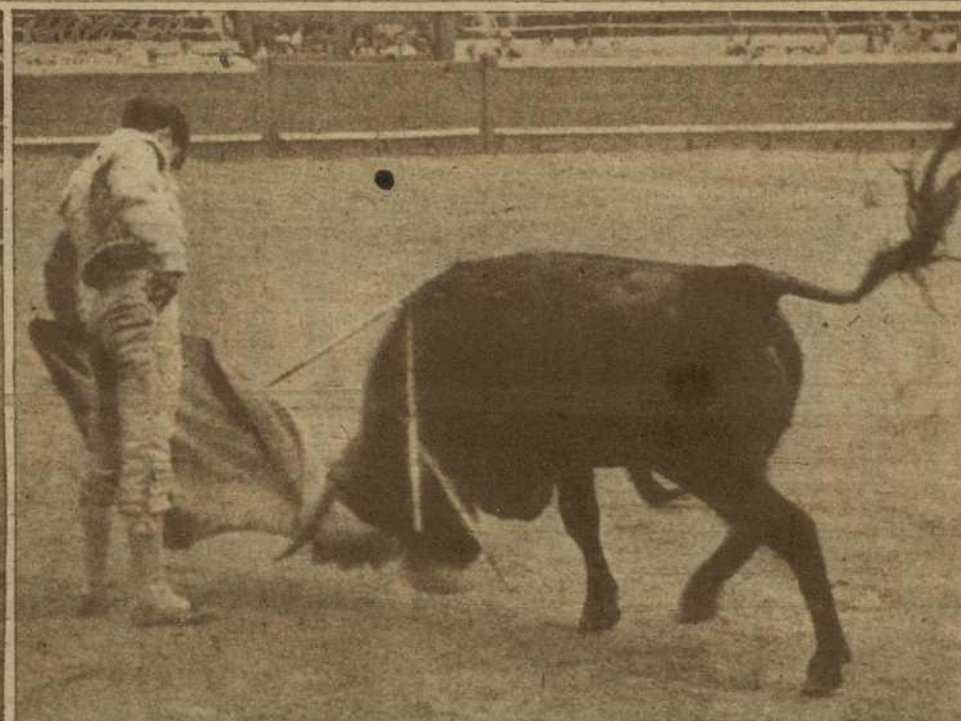
Un buen puyazo de Zurito en el quinto (Fots. Vidal)

CARTEL DE VALENCIA

**CATALAN,
LICEAGA
Y
MONCADA**



Martin Bilbao en un buen derechazo por bajo



Chatito de Mora en un natural a su primero

(Fots. Elorza)



P A R E C E R E S

LOS TROFEOS EN LAS TARDES DE TRIUNFO

Es natural, y tiene un estricto sentido de justicia, que la recompensa para el artista tenga una valoración graduada. En todos los ejercicios es así. En el toreo, donde —no hay que olvidarlo— el lidiador se juega algo más que la reputación y la continuidad de una fama, porque pone en litigio nada menos que su vida, se aquilata más. No basta con la estruendosa aprobación, fundida en las palmas del graderío, cuando se trata de premiar. Para el dictamen que rechaza es, en cambio, suficiente la protesta, que, a veces, toma caracteres de tempestad que destroza los nervios del más templado. Es cosa distinta a la que se da en otras actuaciones artísticas, acaso porque nada es tan trágicamente verdad como el juego del hombre con la fiera. El que fracasa en un escenario llega, en alguna coyuntura excesivamente adversa, a escuchar el desagradable chillerío, la rotunda repulsa de los taconeos sobre el entarimado. Tiene el recurso protector del telón. Si es autor, la defensa de no comparecer. El torero ha de permanecer en el ruedo, resistir hasta que termina el espectáculo o hasta que consigue sobre la arena —sobre la marcha— la reivindicación. Hay que recordar que en esto el público taurino tiene un gran sentido de la objetividad.

Pero hablemos de los triunfos, que es la cuestión sobre la que quería formular hoy aquí algunas consideraciones. Se valora, se gradúa, con una diversidad de matices —aparte, como es lógico, y en todo lo humano ha de darse siempre, las discrepancias, en el caso de los toros, con una denominación ya tradicional: la división de opiniones—, el mérito y la estimación que se deben discernir. De las palmas tibias que determinan una discreta separación del estribo, avanzando hacia el centro del ruedo, hasta la apoteósica vuelta, con los trofeos —despojos del toro— en la mano, la escala de las recompensas que otorga el soberano tribunal es amplísima. En lo que entiendo que debería ponerse una interdicción oficial, ya que en las manifestaciones de entusiasmo de la multitud, cuya espontaneidad es el signo de más valor, no va a entrometerse nadie, es en la concesión de esos símbolos que refrendan, con mayor o menor cuantía, el éxito y la complacida aprobación. De tiempo viejo viene la costumbre de dar al matador que triunfa la oreja del bicho que ha matado. No hay, realmente, serias objeciones que hacer a esta forma de subrayar el mérito de la actuación. Ha habido una lucha, la del diestro y el toro, y al vencer el primero, acreditó un dominio, que tiene o puede tener la doble

manifestación del arte y el valor. Se le concede la oreja del vencido, y es como una expresión de la conformidad entusiasta y del deseo de que el ejercicio que conmovió se vea inmediatamente premiado. Se considera un alto galardón, tanto por los que lo demandan, como por la autoridad que lo otorga. Y no digamos por parte del artista que lo recibe.

Ahora bien: ¿para qué más? Si la concesión de la oreja —en singular— es el premio de más trascendencia, lo que se conceda además, en una antipática adición, el segundo apéndice, el rabo y hasta la pata del cornúpeto, es absolutamente innecesario.

No significa más que un deseo de ampliar la entusiástica expresión de refrendo. Pero lo que tiene de matices aumentativos, que apenas representa nada, no contradice el desagradable espectáculo de esa carnicería practicada en pleno anillo y de la antielegante estampa del torero paseando frente al público con todas esas porquerías en la mano. ¿No basta un desfile por el ruedo para agradecer las explosiones de entusiasmo de los espectadores? Pues se repite. En rigor, la unanimidad, los pañuelos albos al viento, el grado, bien fácil de medir, de las ovaciones y los vítores, dan, con toda claridad y en una clara gradación, la auténtica intensidad de los fervores y las aprobaciones que desde los tendidos se disciplinan. Lo que se busca con la adjudicación de la oreja es el símbolo. La fama, el mantenerse en un puesto que un solo triunfo, a veces esporádico, no sirve para sustentar, la presencia constante de los públicos o el desvío, que significa desaprobación, tienen mucha más importancia que el acumular trofeos. Una oreja es lo mismo que dos. Y con ella se triunfa en plenitud, sin necesidad de los feos añadidos de otros despojos del toro. Ya sé que acerca de esto se ha escrito y se ha opinado antes de ahora.

Ni expongo una opinión nueva, ni descubro nada. Pero nunca será ocioso la insistencia. Un trofeo, sí, pero uno solo, que con su valor simbólico y su carácter de tradición los resume todos, y es bastante. Y si pudiera ser, una política de prudencia y mesura en las concesiones.

FRANCISCO CASARES

BLENOCOL

Protege al hombre

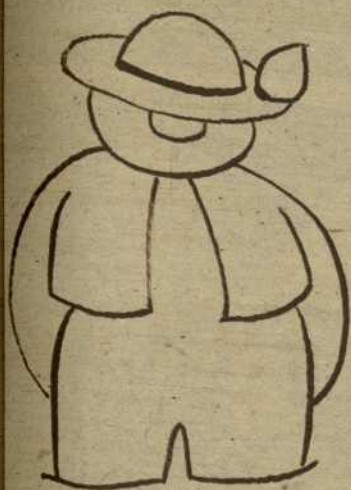
BLENOCOL
es un producto registrado;
rechaza todo profiláctico
que no lleve la marca
BLENOCOL



¡Para la SOMBRA y el SOL!

CADA SIETE DIAS, UNA VARA

Ya hay por lo menos uno



DESPUES de la última semana, en la que las cosas aparecían aún un poco borrosas por la distancia y los telegramas que siempre confunden algo, la niebla parece que se levanta. Ha llegado Manolete, ha llegado Camará y ha llegado Gago. Con lo cual ya no hacen falta intermediarios para enterarse de los propósitos que las figuras del toreo abrigan para la temporada actual.

Hay uno —Manolete— del que por el momento no hay que hablar, porque él ya lo ha dicho todo. Que no torea y que no torea. Ni de salón.

Pero queda el otro. El mejicano. Y su apoderado, que es como si él mismo hablase, ha dicho que viene en junio dispuesto a liarse de nuevo los toros a la cintura.

Esperamos que estas manifestaciones animen a los aficionados que ya habían encargado el luto en vista de la ausencia de los carteles de estas dos figuras.

Lo que pasa es que ahora, al torear Arruza, es decir, al hacerlo uno de ellos nada más, si se procede lógicamente, estos aficionados que se iban a poner de luto riguroso, se pondrán de medio luto.

Porque si no nos equivocamos, uno es la mitad de dos.

UNA ANECDOTA A LA SEMANA

LOS PALOS DE LOS BARCOS DE LA BAHIA DE ALGECIRAS

TOREABA en cierta ocasión el Chiclanero en la Plaza de toros de Cádiz. La corrida había despertado una gran expectación porque habían circulado noticias de que el peso y el tamaño de los toros eran extraordinarios.

Estos, que pertenecían a la vacada de Gaviria, eran, efectivamente, muy grandes y largos, teniendo además unos cuernos descomunales.

El primer toro había de picarle el conocido varilarguero Francisco Puerto, que pertenecía a la cuadrilla de Redondo.

El piquero, una vez colocado en suerte, se dirigió a la fiera con decisión, animado por las palabras del Chiclanero, que con la mano puesta en el muslo del jinete, le decía:

—¡Agárrate, Frasquito; mía que ése lleva en la cabeza un alifante!

Efectivamente, el torazo, sin hacer caso del hierro que le hería sin piedad el morrillo, lanzó el grupo de picador y caballo contra la barrera, y como el jinete hiciera ademán de levantarse, el toro partió hacia él como una flecha dispuesto a despedazarle.

Pero el Chiclanero estaba al quite, y con su capote mágico se llevó a la fiera, salvando la vida del varilarguero, cuando el público creía segura la muerte de Francisco Puerto.

Cuando una vez terminada la corrida se retiraban picador y maestro hacia la puerta de cuadrillas, Redondo le dijo a Puerto, con aquella calma sentenciosa que ponía a sus palabras:

—¡Frasquito, si no llego pronto antes, ves ende Cádi toos los palos de los barcos que hay en la bahía de Algeciras!



Inocente
es el vino para copiar

VALDESPINO
JEREZ

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 180



Las cuadrillas, con los matadores al frente, hacen el-pasillo. Calesero, a la derecha, aparece descubierto



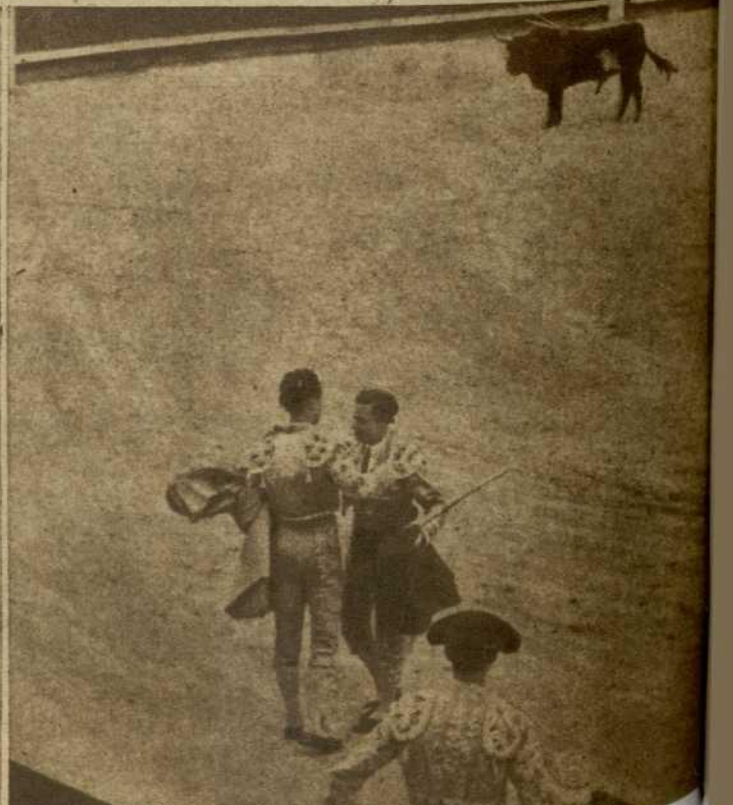
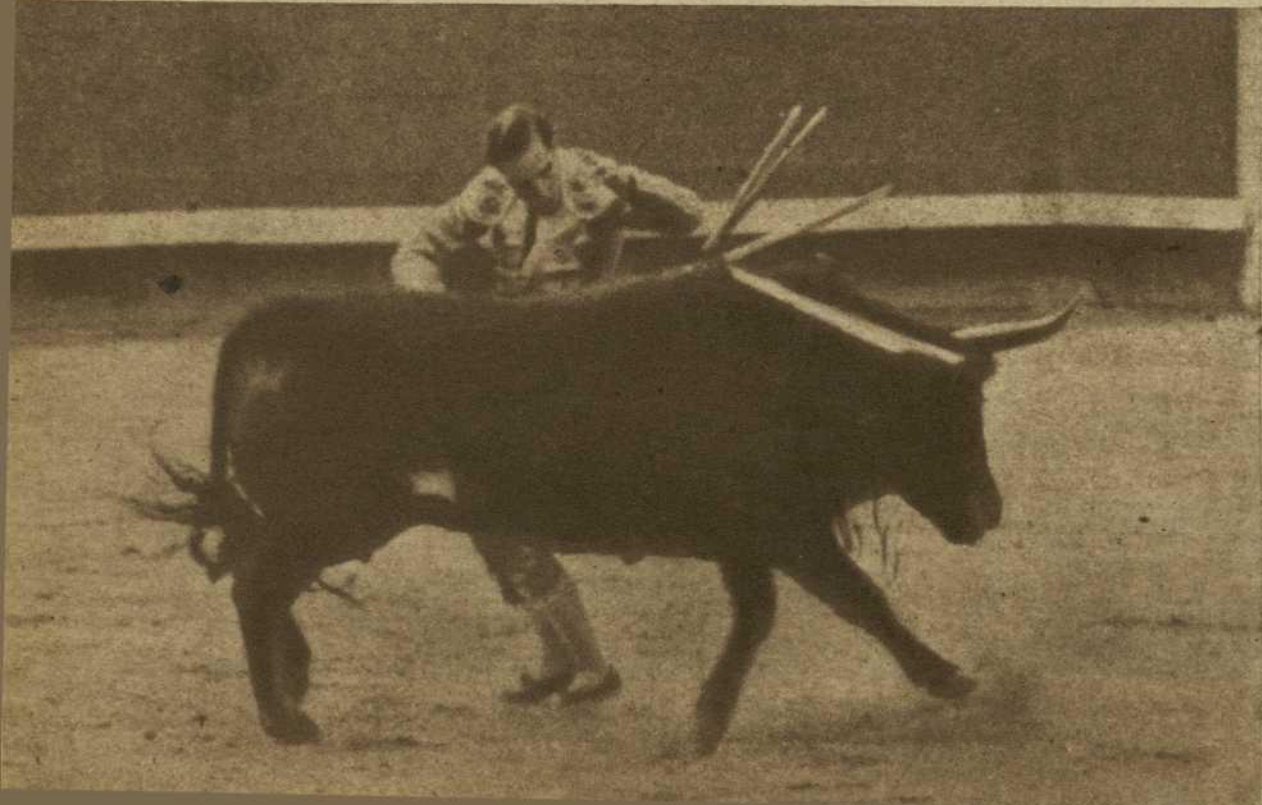
**EL JUEVES, EN
LAS VENTAS**

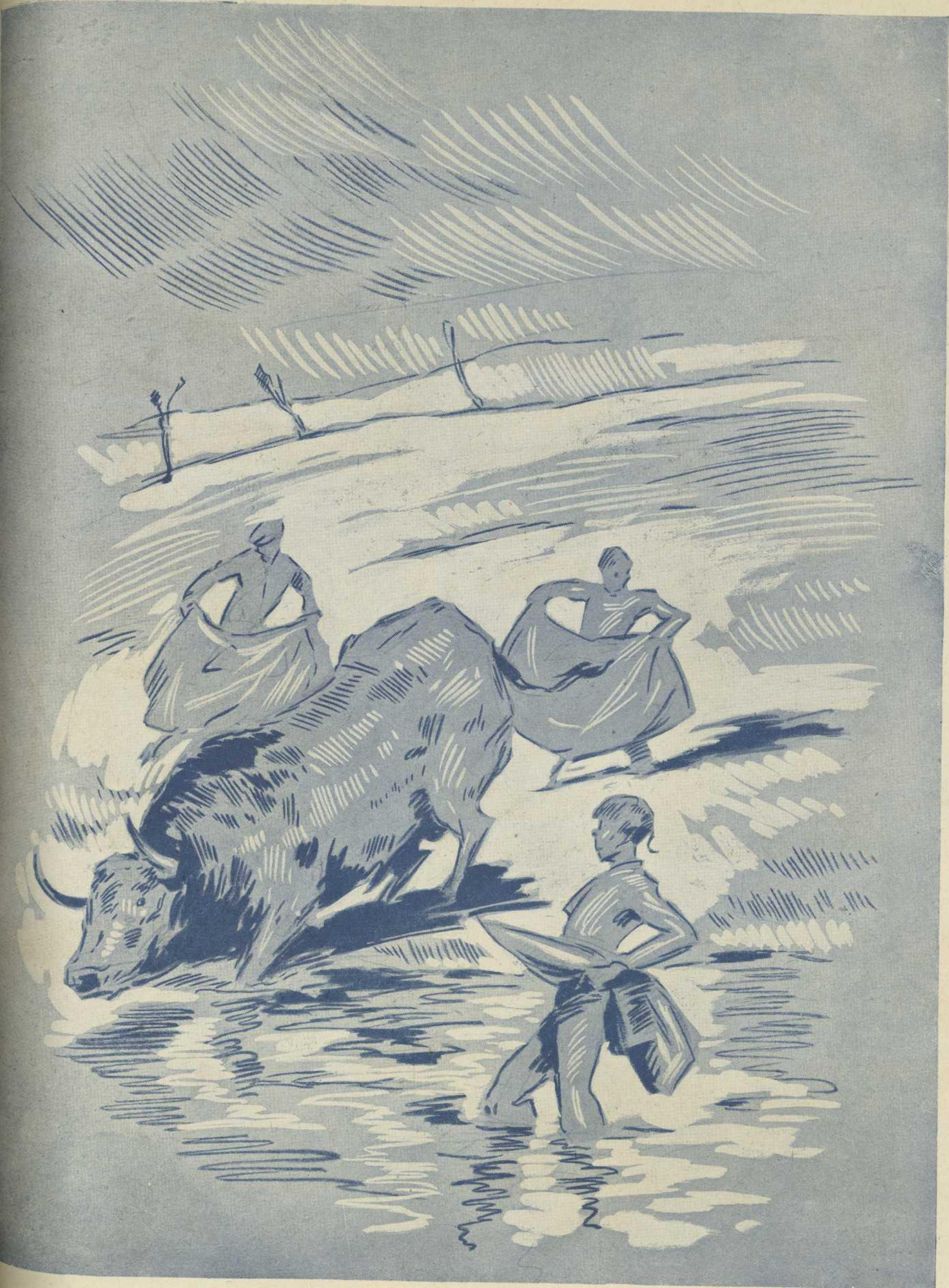
**PEPE LUIS
VAZQUEZ,
PEPIN MARTIN
VAZQUEZ
Y
GONFIRMACION
DE LA
ALTERNATIVA
DE
CALESERO**



Calesero, que hizo su presentación el jueves pasado en las Ventas.—Abajo: Pepe Luis Vázquez en un molinete a su primer toro en el que fue muy aplaudido y dió, en premio a su labor, la vuelta al ruedo (Fotos Zarco)

Pepín en la faena de muleta que hizo al tercer toro, al que cortó la oreja.—Abajo: Momento de devolver los trastos el mejicano a Pepe Luis





Me comió el terreno



Salto al trascuerno
(Dibujo de Perca.)